



Relatos del mes

“Amor a la vida”
por Jack London

Artículo del mes

Late night con Peter Lorre:
Jack London

Autores invitados

Lucas Alonso | Guillermo Galli
Gabriela Brandán | Noelia Vega



¿QUERÉS PUBLICAR TU LIBRO?

Editorial Comala

PODÉS HACERLO SIN COSTO.
ESTAMOS RECIBIENDO TU MATERIAL

EDITORIALCOMALA@GMAIL.COM

Ediciones Rocamadour

Dr. Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires, Año 2019

ISSN 2618-5172

www.edicionesrocamadour.com.ar

Esta revista se terminó de imprimir en noviembre de 2019, en taller propio - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires. Tapas a cargo de Entre Tintas - San Martín 77, Marcos Paz., Pcia de Buenos Aires.

Diseño y edición: Alejandro Torres

Corrección de textos: Sergio Ortiz y Alejandro Torres

Suscripciones: Diego Rojas (diegoparral2017@gmail.com)

Para publicitar con nosotros comunicarse al 1123509958

Suscripción \$50 / Número simple \$65

Imágenes:

Foto de portada: Anónimo

Ilustraciones de los textos de esta edición: Diego Rojas

Anahí la Rocca (Instagram: anne.draws)

Fede Avila Corsini (Instagram: Dibujando al margen)

"Estaban vivos a medias, o quizás menos. No eran más que bolsas de huesos en las que todavía alentaba un débil soplo vital."

CONTENIDO

Del lado de allá

| | | |
|------------------------------|-------------------------------------|----|
| El planeta amarillo | por Lucas M. Alonso Amorín | 5 |
| Secreto en el convento | por Hugo Canal Bialy | 7 |
| Las cartas (Parte II) | por Alejandro Torres | 10 |
| De Morón a París en dos... | por Diego Rojas y Estefanía Brandán | 16 |

Cuento del mes

| | | |
|---|-------------------|----|
| Late night con Peter Lorre: Jack London | por M. M. Álvarez | 19 |
| Amor a la vida | por Jack London | 25 |

Del lado de acá

| | | |
|---------------------------|-----------------------|----|
| Plenitud | por Noelia Vega | 38 |
| Casa abandonada | por Guillermo Galli | 39 |
| Réquiem | por Gabriela Brandán | 41 |
| Por instinto | por Celeste Silvero | 43 |
| Una ganga (Parte I) | por Mauro de Giuseppe | 46 |
| H2O | por M. M. Álvarez | 49 |
| Buenos vecinos | por Paula Aros | 50 |
| Quietud | por Sergio Ortiz | 52 |

Lecturas visuales

| | | |
|---|-----------------|----|
| Joker y la construcción de los villanos | por Pablo Ortiz | 57 |
|---|-----------------|----|

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

Prólogo: la refutación de los prólogos

Realmente siempre sentí un rechazo a los prólogos, los aborrecía desde el mismísimo lugar del hombre y la mujer que poseen muy poco tiempo para leer y se lo hacían perder en cuestiones narcisistas o alcahuetas. Las segundas razones, las alcahuetas, y que hoy en día llaman *spoilers*, particularmente son las peores y es cuando el tipo que escribe el prólogo se te pone a analizar la obra cuando uno ni siquiera la ha leído (¿?) a veces anticipándonos sucesos o dándonos interpretaciones que nos predisponen arbitrariamente. Por ejemplo: me hace acordar a ese tipo desesperado que vio una película, le gustó mucho y que no se aguanta más, nos empieza a atocigar con indicios, nos empieza a contar las vueltas de tuerca del *film* cuando sabe que ya estás por ir al cine a verla ¡peor aún! cuando ya estás con la entrada en la mano, en la fila para ingresar a la sala.

De los prólogos narcisistas están los típicos que comienzan así: “Comencé a escribir *La ciudad y los perros* en el otoño de 1958, en Madrid, en una tasca de Menéndez y Pelayo llamada el Jute, que miraba al parque del Retiro, y la terminé en el invierno de 1961, en una buhardilla de París”. ¡¿Yyy?! A mí qué me importa, señor. Hágame el favor de callarse y dejarme leer la novela en paz. El prólogo: terrible artificio maligno que de entre las artes solo ha enfermado a la literatura. Es como si cuando fuésemos a admirar una pintura, una escultura, un largometraje, cualquier otra obra de arte y se nos acercara un tipo y nos empezara a susurrar al oído: “Cuando pinté este cuadro hacía cuarenta grados de calor, me había dejado mi esposa, vivía en ese momento en Ituzaingó...”.

Después está el prólogo adulón, ese que lo escribe un amigo del autor y que mediante un sinfín de páginas (que chorrean baba y van arrastrando la tinta de las letras entre tanto elogio desmedido y anecdotario de entretiempo) empiezan a engrandecer la obra, al autor, a su estilo contándonos vivencias mutuas de cómo se conocieron o de cómo fue el momento en que le dieron el honor de realizar el putrefacto prólogo ¡ridículo! Uno va y se compra o le prestan un libro hermoso de ciencia ficción que relata las invasiones extraterrestres a la Tierra... y de repente se encuentra leyendo páginas y páginas de un prólogo escrito por un completo desconocido contándonos sus experiencias, sus sentimientos encontrados con la obra y con el autor al escribir dicho encabezado.

En fin, el único prólogo que recuerdo con agrado es el de *Rayuela*, de Julio Cortázar, pero viéndolo bien no es en esencia un prólogo sino más bien las instrucciones sugeridas para armar la novela. Es otra cosa bien distinta. En fin, los prólogos son una mierda que casi ya ni leo por estos tiempos pero debo admitir que me encanta escribirlos. Sobre todo los que son como este, cuando en nada tienen que ver con el contenido de la revista, ni de sus relatos, ni de sus autores, ni de nada importante, porque para eso son los prólogos. Gracias por perder aquí su preciado tiempo.

Mauro de Giuseppe

El planeta amarillo

Por Lucas M. Alonso Amorín

I

En aquel bello planeta de desiertos extensos y cielos sin nubes, en una de las tantas formaciones rocosas del país de Kumbu-La, vivía un científico de la abstracción. Morlo era su nombre, y desde la terraza de arenisca de su casa, observaba los rayos de Alberta que llegaban a la cueva. Descansaba con una taza de té de cactus, en su mano derecha delantera. Era un momento de calma y placidez, hasta que una ráfaga de viento le hizo recordar la fantástica historia de su especie. De aquellos gráciles seres cuadrúpedos que, en épocas pasadas, corrían por los bajíos de altos follajes. De aquellas primeras aventuras de los antepasados por los extensos desiertos de su mundo.

El paisaje hipnotizaba al científico, mientras sacaba la cuenta de que hacía unos 102.000 giros de Amarillo a Alberta, su pueblo, gracias a una antigua y venerada civilización galáctica, había tomado conciencia. También, en el paisaje de la ventana, se veía cientos de unas flores muy particulares. Morlo sabía que, según antiguas historias, estas flores, habían sido creadas por la misma civilización, que otrora le diera conciencia a su pueblo. Sabía que esta civilización, en busca de un destino, había partido rumbo a las estrellas.

El pueblo de Morlo tenía otro legado de esta misteriosa civilización: el idioma y el nombre de su especie, "Agulares", palabra que deriva del hecho de tener cuatro manos, dos delante y dos atrás.

Con el tiempo, al descifrar los antiguos textos, los agulares aprendieron a crear las flores minerales y de metal. Estas, desde el alba hasta el crepúsculo, brillan en los horizontes desérticos de Amarillo.

Pero, ¡no crean que los Agulares están solos en esta tierra! Cuentan con la ayuda de una interesante especie que puebla la gran Galaxia: la especie humana. Juntos, dan forma a las flores que adornan los paisajes de este mundo desértico y rocoso.

II

Morlo observaba el paisaje con su catalejo por las amplias ventanas de arenisca que, de modo natural, se forman en la roca amarillenta.

¡Había miles de flores!

—Todo tiende a su centro y se estabiliza —dijo en voz alta.

Miró a su última creación: La Flor de Oro y al verla brillar, pensó: "Mucha luz llega desde Alberta...".

Por la escalera irregular subía un humano de pelo castaño y le preguntó:

—Sigus... ¿cuál es el número que el cielo dispuso para regir al orden estelar?

—Trece! —respondió el humano que, además era su asistente en la tarea de crear las flores minerales.

—Si el trece es el número con el que está construido el Universo, querido Sigus, ¿debemos suponer que son trece las divisiones del infinito?

—Creo, Morlo, que es probable que sean trece... —respondió de manera escueta el humano.

Sigus hubiera dado una respuesta mejor, pero sus pensamientos estaban a una legua de distancia, más precisamente, en el terreno de su casa, donde experimentaba con algo maravilloso. Pequeños y finos pastos.

“¡Una verdadera alfombra viva!”, pensó orgulloso Sigus, y siguió: “Hice un verdadero milagro, porque en estado natural, crece muy disperso y despacio”. Entonces, se preguntó si el diálogo con el científico, que cada veintiocho vueltas de Amarillo a Alberta, le pagaba su sueldo, no se debería a que, con su telepatía, el agular sospechaba algo. Sospechaba que su atención estaba en el experimento de su casa.

—Ya que no me prestas atención, eres libre de irte a tu casa —dijo el científico de la abstracción, que había leído los pensamientos de su empleado.

El tiempo pago se había cumplido y Sigus, acostumbrado a la telepatía de Morlo, sólo se cre-

yó en la obligación de despedirse. Como se acostumbraba, saludó al agular con una mano. Ya en el camino bordeado por las piedras naranja fluorescente, sus preocupaciones regresaron. Pensaba en su esposa. Ella estaba extasiada con su experimento, pero a diferencia de él tenía sus propias ideas sobre lo que aún consideraba magros resultados.

“¡Emma desea comerse el pequeño pasto!”, se dijo Sigus, angustiado, y dejó su habitual paso tranquilo y comenzó a caminar más rápido. “Debo hacer lo imposible para convencerla de que ese no es el destino que he elegido para mi experimento”, se dijo cuando Alberta con sus rayos solferinos marcó el fin de aquella jornada.

Llegó a la puerta de su casa de piedra. Un millardo de estrellas se asomó en el cielo y Emma, al verlo entrar, comentó:

—Cuidaba tu experimento y me preguntaba, ¿qué vas a hacer con tan rico pasto?

Sigus se sacó el poncho, se dejó el quitón y confesó:

—Emma, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? No lo veas como un alimento. Es sólo un experimento... —Ella lo miró y él prosiguió—: Para algo cobramos un sueldo con el que podemos comprar vegetales.

Dejó el poncho en el perchero:

—Vayamos al mercado y...

Pero no pudo terminar. Emma entró en un ataque de histeria y a grito pelado, exclamó:

—Los vegetales del mercado no son ni la mitad de nutritivos que los de tu cultivo! ¡Y estos los tenemos acá, sin tener que caminar una legua!

—Emma querida, vayamos por partes —dijo un Sigus conciliador y en un intento de calmarla, agregó—: Salgamos a ver el cielo nocturno...

Su esposa aceptó, no muy convencida, y luego de algunas vueltas, en las que ordenó enseres, al fin salió a observar el espectáculo del centro galáctico. Se sentó en el suelo junto a su esposo y, con imaginación, los dos vieron cómo el millardo de estrellas de múltiples colores hacían las veinte constelaciones de ramilletes de flores geométricas. Varias estrellas fugaces cruzaban el firmamento. Un sordo silencio cubría el cielo y Emma fue la primera en hablar:

—No quiero que pienses que estoy en contra de tu experimento... —Sigus se ordenó el pelo enrulado, sonrió, la acarició y ella continuó—:

“Se sentó en el suelo junto a su esposo y, con imaginación, los dos vieron cómo el millardo de estrellas de múltiples colores hacían las veinte constelaciones de ramilletes de flores geométricas. Varias estrellas fugaces cruzaban el firmamento. Un sordo silencio cubría el cielo y Emma fue la primera en hablar.”

Sólo quiero saber cuál va a ser la finalidad de todo esto...

Miró a su hermosa mujer con cariño y dijo:

—Voy a contarte...

—Soy toda oídos...

—Una vez tuve un sueño. En ese sueño, el mundo aparecía cubierto de los más deliciosos pasteles que alguna vez hayas probado... —Sacó su pipa, preparó el tabaco—: ¡He descubierto una fórmula!

—¿Para qué?

Sigus parpadeó y respondió:

—Para crear alfombras verdes y con ellas cubrir nuestro desértico planeta —extendió la mano como si abarcara el horizonte—. ¡Nuestro mundo sería verde, Emma! ¡Todos comeríamos del mejor pasto!

—¡Podríamos volvemos ricos! —exclamó ella.

Sigus supo que lo decía en broma. Rieron juntos, se les quitó un gran peso de encima y entonces se dijo a sí mismo: “Ahora sé que mi experimento está en buenas manos...”. □



Secreto en el convento

Por Hugo Canal Bialy

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Ya pasaron cinco años desde que la tía Mirta me dejó en el convento en Río Cuarto. Mi vida en el noviciado fue cruel y nostálgica al principio, pero de a poco me fui adaptando, pasé mi adolescencia internada, apenas me di cuenta la semana pasada cuando me festejaron los 19 años, con un pastel de manzanas y una celebración discreta con las monjas, mis compañeras y apenas mi tía como única familiar presente.

El silencio fue mi compañero durante el primer año de encierro entre cuatro fóbicos muros, mustios de angustia y soledad, con el tiempo volví a hablar, la piqueta del olvido y la resignación pulió mi pobre corazón astillado por tanto dolor. Después de la muerte de papá en aquel fatídico accidente ferroviario, no había tenido más noticias de él... hasta la semana pasada cuando recibí correspondencia de Rocío.

Al leer su nombre en el remitente de la carta, me costó recordar quién era, ya no albergaba sentimiento alguno para quien fuera mi mejor amiga y fiel confidente en los primeros años de mi pubertad.

Las primeras líneas me helaron el alma, sonaban distantes sus palabras, como si me escribiera una total desconocida, o una persona que me invadía sin permiso, proveniendo de una vida anterior.

Rocío feliz y exultante me contaba que se casaba en 15 días con Fermín, su novio de buena familia de toda la etapa escolar, me invitaba a la fiesta, en un tono de malicia e ironía, sabiendo que no podía salir del claustro.

Como una puñalada fatal en el fragmento de cierre de su escrito me contó sobre él.

Después de matar a mi padre arrollándolo con toda su ira, en el confuso accidente del ferrocarril, siguió conduciendo locomotoras. Con una vida insípida y un futuro poco promisorio, nunca dejó de pertenecer a lo más bajo e insignificante de la escala social.

Tuvo un trágico final, no nos damos cuenta que el destino nos alcanza como un juez certero y actúa con premios y castigos, en función a nuestra forma de actuar y aprovechar la suerte que nos toca, o rifar las oportunidades como si jugáramos desesperadamente a la lotería y optáramos por descarte eligiendo el peor billete.

Encontró su final un año después del accidente,

en una partida de truco, en un bar de mala muerte en un pueblo vecino, los parroquianos pasados de copas, lo increparon por hacer trampa y ofuscados por la negación lo mataron a cuchillazos, como a un animal indeseable.

Pensar que nos quisimos y deseamos como dos amantes febriles, al tiempo de separarnos mis lágrimas por él empañaron mis desdichados días y esta trágica noticia me hubiera destrozado por completo.

Pero el tiempo es un arquitecto del olvido, moldea sentimientos y afectos como muros de un castillo inexpugnable, y ahora saber sobre su asesinato, tan desafiante como fue el resto de su infeliz existencia, no me provocó angustia en lo más mínimo, como si leyera el descenlace de un cuento de ficción.

Mi función dentro de la vida religiosa, además de participar de las oraciones, misas y menesteres propios del lugar, desde un comienzo estuvieron ligados a la cocina y las tareas domésticas.

Pelando papas al incorporarme y preparando postres y ensaladas, en la medida que mi carácter y socialización permitieron mi inclusión como pieza funcional en la vida conventual.

“Pero el tiempo es un arquitecto del olvido, moldea sentimientos y afectos como muros de un castillo inexpugnable, y ahora saber sobre su asesinato, tan desafiante como fue el resto de su infeliz existencia, no me provocó angustia en lo más mínimo, como si leyera el descenlace de un cuento de ficción.”

Tres años más tarde, al observarme como una chica sumisa y obediente, la madre superiora me convocó para asignarme las tareas de la granja, en contacto con la tierra, los animales y variedad de verduras, fue para mí un voto de confianza y un renacer dentro del encierro impuesto, conectarme con la naturaleza y ser admitida por los rayos de sol que nuevamente acariciaron mi sufrido rostro.

El suceso del que fui testigo cumpliendo con mis rutinarias labores, cambió mi existencia para siempre y fue la puerta de salida que me permitió retornar a la vida civil, fruto de mi honestidad y transparencia preparando la quinta para sembrar tomates y rabanitos, mi pala hizo tope con un cofre de madera, y al seguir cavando aparecieron bolsas de polietileno.

El contenido cuando el procurador del tesoro gubernamental hizo el recuento final ascendió a 100.000 dólares.

Informé inmediatamente a las autoridades y antes que los medios invadan la tranquilidad de la casa de Dios, me felicitaron por mi honradez al declarar mi hallazgo y hacer intervenir a la justi-

“El contenido cuando el procurador del tesoro gubernamental hizo el recuento final ascendió a 100.000 dólares.”

cia. Como premio a mi acción, a pesar del golpe de suerte, ajeno a mi voluntad, el Obispo aceptó mi petición para dejar los hábitos y hacerme cargo de un hogar para recuperar chicos de la calle huérfanos de hogar y faltos de afecto.

Mi historia quedó sepultada en los muros de aquel convento, mi libertad la encontré en un acto cotidiano, una palada al futuro fue mi salvoconducto para sellar mi anhelo de ayudar a los demás, para que puedan escapar de una vida tan amarga como la que me tocó padecer por enamorarme de la persona equivocada. □



- Anteproyectos.
- Planos.
- Reformas.
- Construcción en general.
- Trabajos en la Costa Atlántica y Club de Campo Las Hojas (M.Paz)

San Martín 88 - Marcos Paz C.P. 1727 - Bs. As.

Te. (0220) 477-0380 Ce. (02227) 15-412734

estudio10diez@gmail.com



Las cartas

Segunda parte

Por Alejandro Torres

Ilustrado por Diego Rojas

CM

V: LA VERDAD ES LA MENTIRA MÁS CREÍBLE

Julio decidió irse a lo de Lucía, necesitaba pensar; habló con ella y le pidió disculpas, le dijo que al otro día temprano estaría ahí para despedir el féretro. Condujo hasta la casa y se sirvió un vaso de whisky; abrió las valijas en busca de algo. Revolvió la ropa y sus pertenencias hasta que lo encontró: era un puñado de diez cartas que Esteban le había enviado a su casa en Suecia, las traía consigo. Se echó al suelo y comenzó a leer una por una en busca de algo, pero no sabía qué.

Cada vez que las leía se le llenaban los ojos de lágrimas. Cada carta era igual, no sabía lo que hacía. No había nada. La única coincidencia que encontró fue que las últimas cinco contenían números sin sentido y se disfrazaban de algo más finalizando con la misma frase: "La razón es un medio para llegar a la verdad". La última carta era aún más curiosa, el sobre tenía una leyenda (ninguna otra contenía más que el remitente y el destinatario) que se repetía en su cabeza más de una vez: "Disipa toda duda, y solo fia en la verdad que alumbría el intelecto. D.A.". ¿Qué habrá querido decir con todo eso? A Esteban y Julio les encantaban los mensajes cifrados, pero, si algo sucedía realmente como él creía ¿por qué no decirlo y ya?, ¿por qué jugar a los detectives? Se quedó pensando un largo rato, se sirvió otro whisky con hielo y volvió a las cartas. Reparó en las últimas cinco y anotó los números que contenían cada una de ellas llegando a un resultado inverosímil:

Carta I: 612-381-103 / 68-192 / 63-25 y 26

Carta II: 612-11-153 / 146-64 / 78-41

Carta III: 612-114-35 y 116 / 49-150 y 151

Carta IV: 612-329-43 / 183-34 / 275-35

Carta V: 612-104-57 / 127-65 / 158-34 y 35

¿Qué querían decir todos esos números? Era claro que Esteban quiso transmitir un mensaje cifrado a Julio. ¿Escondería este el verdadero motivo por el cual se quitó la vida? Se acomodó sobre la mesa con las cartas y cruzó los brazos sobre su cabeza sin quitar de encima la vista de las misivas. Intentó ser más claro a la hora de inter-

pretar esos números y analizó uno por uno. El número 612 se repetía al inicio de esas cinco cartas; en matemáticas ese número no representaba nada fuera de lo común. Podría quizás significar la página de un libro. Pensó en un libro grande, se acordó del libro de Napoleón. Se dirigió a la otra habitación, abrió la caja que contenía las cosas de Esteban y lo buscó, cuando lo encontró fue a la última página para cerciorarse de que era ese el libro que buscaba, pero no; tenía más, muchas más páginas de las que él necesitaba. Se encontraba allí, ridículo en sí mismo y ridiculizado por la situación: de rodillas, frente a una caja llena de libros. Sentía que estaba perdiendo la cabeza. ¿Cómo podía creer que había un mensaje encriptado en esos números? permaneció sentado allí unos minutos, pensativo, con las rodillas flexionadas, los pies sobre la alfombra y la cabeza apoyada en la pared. Observaba la ventana al otro lado de la habitación, dubitativo; trataba de encajar piezas, hacía demasiada fuerza. Quizás después de todo Dante era solo alguien inocente y Esteban era el verdadero culpable por quitarse la vida a causa de su pena. De todas formas, ¿quién era él para culparlo por hacer de su vida lo mejor que había considerado tras todo ese tiempo? Ya no había mucho por resolver, pero ¿qué quiso decir con "disipa toda duda, y solo fia en la verdad que alumbría el intelecto"? ¿Y qué significaba "D.A."? Era evidente que representaba una firma, quizás las iniciales del autor de la frase.

"El número 612 se repetía al inicio de esas cinco cartas; en matemáticas ese número no representaba nada fuera de lo común. Podría quizás significar la página de un libro. Pensó en un libro grande, se acordó del libro de Napoleón."

—¿Cómo no me di cuenta antes? —exclamó—: "¡Dante Alighieri!"

Esa era la clave. Se paró nuevamente y volvió a revisar la caja que contenía los libros; encontró dos versiones de La Divina Comedia, pero solo una contenía exactamente 612 páginas: era la edición de 1922 traducida por Bartolomé Mitre. Un sentimiento de excitación se le vino encima, había leído el libro, lo conocía, pero no le resultaban familiar el resto de los números. Todas las cartas comenzaban con el 612 para hablar del mismo libro, pero ¿qué querían decir los otros números? ¿Páginas? ¿Cantos? Estos eran solo cien y había números que sobrepasaban ese número, por lo que no podían ser los cantos. Intentó con el segundo número y fue a la página 381. Revisó la misma en busca de alguna pista que simbolice el 103 siguiente en la correlación. No podían ser 103 renglones, no había columnas, tenían que ser palabras. Contó esa cantidad de palabras en la página y abrió los ojos sorprendido. No podía creer la coincidencia. Podía ser que se estuviese volviendo loco, pero, era por demás

un descubrimiento sin igual. La palabra que contenía la página 381 a las 103 consecuciones era "DANTE". Buscó así, entonces, consecutivamente los grupos de números que obtuvo de las cartas: "DANTE", "VOLVIÓ", "LA CIUDAD". Fue anotando cada palabra en un papel y el resultado lo dejó pasmado. Un frío le subió por la espalda y le heló la sangre, no tuvo aliento para pronunciar lo que dedujo: "DANTE VOLVIÓ LA CIUDAD/ TEMO BUSCA VENGANZA/ POR MORA SI ALGO PELIGROSO/ SUCEDE ENCUENTRA LIBRO/ ANTIGUO MADRE ME DIO".

VI: EL ODIS Y LA MENTIRA ESCONDEN SINFONÍAS SORDAS QUE ROMPEN CON LA VERDAD DE QUIEN LAS OYE

Tenía el papel en la mano. Fue un martillazo a la sensibilidad. Sentía la sorpresiva pena de no haber actuado antes, cuando esas cartas llegaron a



Vaquería Unisex

Independencia 117/123 - Marcos Paz - 477-0722

(Aceptamos todas las tarjetas de débito y crédito)

Lunes a sábados de 9 a 13 / 16.30 a 20.30

sus manos. No lo sabía, aun así, se culpaba. ¿Pudo haber advertido algo? ¿Pudo eso haber salvado la vida de Esteban? Realmente no lo sabía, pero aun así se seguía culpando. Todo esto le resultaba de novela. Si bien ellos jugaban a enviarse mensajes encriptados, esto había sido una cuestión de vida o muerte. ¿Por qué Esteban no lo había advertido en sus cartas de manera menos dramática, de manera real, no la estupidez de esconder un mensaje donde preveía que algo fatal le iba a pasar? Estaba enojado, furioso. Y con Dante más aún, pero todavía faltaba una parte: "encuentra libro antiguo madre me dio". Sin duda ese debía ser el de Napoleón, el que tuvo en sus manos y nada notó. Volvió a tomarlo con las dos manos y lo abrió en su totalidad, buscó página por página, lo puso boca abajo y lo sacudió hasta que una hoja de papel cayó al suelo. Era otra carta, con la letra de Esteban:

Querido Julio:

Si encontraste esta carta quiere decir que has logrado descifrar el mensaje de las mismas, y que sin duda algo terrible me pasó. ¿Recordás cuando utilizábamos la criptografía para molestar a Lucía? Qué tiempos eran esos donde nos regocijábamos en las desgracias ajenas. Te recuerdo tan alegre, tan puro, como Mora. A ella siempre la recuerdo. Todo lo ocurrido no dejó más que un vacío dentro mío. Algo que no me permite avanzar, siquiera en mi ímpetu de salir adelante. Siento que mi joven corazón se debilita con cada día que pasa y que me despierto solo en la cama. Vos sabés cuánto la amaba. Ahora solo tengo el recuerdo. ¿Y de qué valen los recuerdos si me invade esta tristeza inmensa? ¿De qué valen los recuerdos que son el único cementerio en esta vida? Hace unas semanas atrás Dante volvió a Banfield. Lo vi en la universidad, no miento, hermano. Le conté a Lucía, pero creo que no creyó en mis palabras. Temo me tome por un loco, y hasta yo lo creí, hasta que se presentó en una fatigada tarde de lluvia de camino al trabajo; me interceptó a unas cuadras de casa y dijo que no olvidaba lo que le había hecho, que le arruiné la vida. Juró vengarse y se esfumó como el humo con el viento. Nunca lo había visto de esa forma, ni en tantos años de amistad. Tras ese episodio, lo veo en todas partes: en la universidad, en el su-

“Pero nadie sabe lo que les hacen ahí a los tipos como yo. A todos se nos pone una condena en la vida, Julio. La mía ha sido la de pagar el precio de ser alguien que no tuvo más remedio que aceptar lo que era.”

permercado, en el bar, pero no entiendo por qué habría de volverme loco con su presencia. Después de todo, no siento culpa por lo que pasó hace diez años, éramos jóvenes, no sabíamos lo que hacíamos, ni el mal que causábamos. ¿Qué tan en serio puede estar hablando? No lo creo posible, pero aun así debo tomar nota de lo ocurrido por si algo llegase a pasarme; sé que si es así, será por culpa de él.

Espero estas líneas sirvan para aclarar algo si es necesario en un futuro hacerlo. Y recuerda, hermano, que como decía Euclides: “lo que es afirmado sin pruebas, puede ser denegado sin pruebas”.

Con todas estas pruebas en mano no había nada que pudiesen denegar, podía ver un poco más claro todo, Julio entendió que debía actuar. ¿Pero qué debía hacer? ¿Ir a la policía? ¿Hablar con Dante? Estaba furioso, cegado en su descubrimiento y atravesado por la hipocresía y el descaro de Dante de llamarse amigo. Fue él quien le provocó de alguna manera la muerte, por más que no haya sido él verdaderamente (aunque no lo sabía), fue por su culpa que Esteban decidió tomar el camino más rápido. Repasó todos los puntos: su regreso a la ciudad, la muerte de Esteban, su reunión en el bar. «La razón es un medio para

llegar a la verdad», pensó. Eso había dicho Dante en el bar, y esa era la frase con la que finalizaban las cartas de Esteban. Un haz de luz se le vino de repente. Tomó su abrigo y las llaves del auto, dispuesto a ir con la policía para mostrar la evidencia y así poder atrapar a Dante. Sintió repentinamente un mal presagio, debía apurarse. Pero ante los momentos de mucha claridad la duda que aún redunda en la cabeza busca tapar todo con su oscuridad, intentando volverlo inconexo y ayudar al engaño en su lucha por urdir un plan.

VII: JUSTICIA

El reloj daba la medianoche. Afuera, la lluvia caía con violencia y golpeaba el techo de la casa; se sentía como si el agua traspasase las tejas, como si ese aguacero estuviese jugando a favor de alguien más, impidiendo la salida. Dispuesto a salir de todas formas Julio se colocó su campera con las llaves del auto en la mano, abrió la puerta de la casa y lo vio. Estaba ahí, parado dentro del jardín que delimitaba el solar. Mojado, pasado por agua, quieto: era Dante. Julio retrocedió y volvió a meterse a la casa, Dante lo siguió y cerró la puerta a sus espaldas, sacó de su abrigo una pistola.

—¿A dónde ibas con esta lluvia, Julio? —inquirió irónicamente.

—¿Qué... qué haces con esa pistola? ¿Estás loco? —respondió trémulamente.

Dante se rascó la sien con la punta de la pistola mientras rió socarronamente. El agua había hecho estragos, no valía para él ningún arrumaco para la pinta que llevaba. Parecía que quería hablar, decir lo que pensaba. Julio lo miraba, era lo único que hacía.

—Sí, Julio. Estoy loco. Me volví loco cuando Esteban se enamoró de Mora; me volví loco cuando tuve que pasar todos esos años en un psiquiátrico, en Córdoba.

—¿Qué psiquiátrico, Dante?, ¿de qué hablas? —quiso desentenderse Julio.

—Sí, Julio. Mi abnegación fue evidente: estaba enamorado. Cuando Esteban se enamoró de Mora me encontré perdido, solo. No tenía dónde ir. Traté de sobrepasarlo, como cualquier pibe que termina en un pozo por una relación que no puede ser, encontrando cada vez la humillación. Pero

me di cuenta de que no podía, que no podía pensar en otra cosa, que por más que lo intente Esteban seguía estando ahí. Tuve un episodio depresivo durante el trabajo y me mandaron a ver a un psiquiatra, yo quería estar bien, por eso fui. Le confesé mi condición, pero me diagnosticó con un trastorno perverso y estallé en cólera, lo que hizo que me mandaran a una unidad de salud mental. Pasé allí los últimos siete años tratando de curarme y reintegrarme. Pero nadie sabe lo que les hacen ahí a los tipos como yo. A todos se nos pone una condena en la vida, Julio. La mía ha sido la de pagar el precio de ser alguien que no tuvo más remedio que aceptar lo que era. Nadie me escribió, estaba solo y desesperado. Cuando finalmente pude salir, hace ocho meses, seguía con la misma línea de pensamiento, habían acabado los episodios de pánico, pero Mora y Esteban seguían allí, no querían irse, no me dejaban en paz.

—Ocho meses? —preguntó Julio—. Ese es el tiempo que hace que...

—Que maté a Mora, sí.

—Pero... los médicos dijeron que fue por...

—Intoxicación alimentaria, ya sé. ¿En serio creyeron esa mierda? Jugué con la virtud de los más crédulos, les saqué la cáscara de infelices que llevan y no se dieron cuenta de nada —rió sorpresivamente—. El arsénico es difícil de detectar, más si lo consumimos a diario en pequeñas raciones, pero una dosis grande mezclada en comidas o bebidas resulta incolora, y extremadamente letal.

Julio lo miraba con pánico, nunca lo había visto así, tan perdido. Aquella falta de realidad lo hizo abyecto. Ajeno a toda cuestión que acate el uso de la razón. No sabía en qué podía terminar ese episodio.

—Entonces es verdad que vos mataste a Esteban, hijo de puta —enfureció Julio.

—No. Esteban se mató solo. Yo lo único que tuve que hacer es volverlo loco, como él lo hizo conmigo. Destruirlo por dentro, empezando con Mora. Y después infundirle un miedo psicológico que lo haga terminar con sus ganas de vivir. A esa altura ya era bastante pernicioso por su debilidad mental que sobrentendía el daño colateral que le causé, así que fue más fácil de lo que pensé. Lo último que tuve que hacer fue presentarme en su casa el día de su muerte, y contarle todo; hacerle sentir culpa por no poder defender a Mora, por mi

estado actual y por todas las desgracias que vinieron con eso.

—¿Y qué pensás hacer conmigo? Ya sé todo, y de alguna manera lo sabías, sabías que él me escribía esas cartas, sabías que algún día yo podía saberlo, y por eso tu actitud sospechosa cuando te mencioné que Esteban le contó a Lucía que te vio, por eso tu actitud sospechosa en el velorio, cuando te sentiste acorralado.

—Tarde o temprano se iba a saber; era demasiado simple para ser verdad. En esos años en la unidad mental me di cuenta de que la vida puede resultar más sencilla de lo que uno cree. Y que la justicia no existe, que quienes la imparten solo dictaminan por el mero hecho de tener que creer en ella por el lugar en donde están sentados, así como el Papa tiene que creer en Dios. La verdadera justicia reside en la voluntad del hombre. Como la voluntad de Esteban de terminar con su miserable existencia, sabio devenir de una vida vivida bajo la mentira, bajo la cáscara de ser alguien que no era.

Dante dio unos pasos hacia adelante con el arma en la mano, mientras Julio retrocedía con las ma-

nos hacia atrás, tropezando con todo a su paso, en busca de algo que lo salvase, algo para arrojarle, o algo para hacerlo entrar en razón, pero, no se puede hacer entrar en razón a alguien que desconoce el significado de la misma, a alguien que lo había perdido todo, que no pretendía más que justicia por el daño de años atrás, y que lo consumía hasta hoy.

—Ahora, querido amigo, no me queda más remedio que terminar con tu desdicha, pero quedate tranquilo, a Lucía no le va a pasar nada. De acá solo nos vamos vos, Esteban, Mora y yo. Vos tenés al asesino de tu hermano, yo tengo a mi asesino, y Esteban al suyo. Todos ganamos.

—Esteban no tuvo la culpa de tu padecimiento, ¡él era tan inocente como Mora!

—!No! ¡Él era el culpable de mi condición, viví todos estos años a base de sus promesas! ¡Yo lo amaba! ¡Lo amaba!

El arma se disparó tres veces, según la vecina de enfrente que alertó rápidamente a la policía. Cuando esta llegó, los cuerpos de Julio y de Dante estaban en el suelo, consumados por una etérea y real justicia. □

Distribuidora Pareta



Ventas por mayor y menor en artículos
de mercería, lencería, lanas, telas,
accesorios para moda y fantasía



Sarmiento 2055 - Marcos Paz (Pcia. de Bs. As.)

(0220) 477-1083 / 6541

info@distribuidorapareta.com.ar

www.distribuidorapareta.com.ar

De Morón a París en dos simples

pasos: Parte II

Por Diego Rojas y Estefanía Brandán

Ilustrado por Anahí la Rocca

(Diego Rojas)Diciembre 10, 1995
Morón, Buenos Aires, Argentina

Querida Lucía:

Me alegra que tengas en mente conocer esa hermosa ciudad y que las cosas marchen bien para vos, supongo que para alguno de los dos tenía que funcionar. No digo que para mí no funcione, sigo con mi vida; me levanto temprano, voy a la oficina, por la tarde me gusta volver caminando para ver un poco el mundo desarmarse. Hay días que parecen transcurrir al revés, y creo que tiene que ver un poco con mi insomnio, o con mi falta de percepción.

La semana pasada un gato llegó a mi puerta, estaba ahí cuando volví del trabajo. Inmediatamente después de abrir la puerta levantó su mirada hacia mí y creo que me preguntó si podía pasar tiempo conmigo, no pude negarme así que ahora duerme en el sofá que da frente al televisor. No tiene nombre y no vi la necesidad de ponerle uno, no tenemos conversación alguna y como el departamento es chico tampoco tenemos necesidad de llamarnos por nuestro nombre. Lo noto como distraído a veces, como si él también estuviera esperando a alguien o tuviera la sensación de estar en un lugar donde el tiempo transcurrido es lo de menos. Si lo vieras seguro lo abrazarías.

Esta semana se cumplen ya ocho años de la primera vez que nos vimos. Si bien no es la primera vez que paso esta fecha sin tu presencia, parece volverse más difícil acorde pasan los días en el almanaque, que por cierto es el mismo que colgamos hace tres años en la puerta de la heladera. Vivo ese día cuando me recuesto y veo a mi izquierda tu almohada vacía. El club de lectura era para mí la excusa perfecta para tomar vino y leer con desconocidos un poco de Bukowski. Todavía siento el ruido de la puerta por mi oído derecho y tus tacos furiosos contra el suelo, raspaban el mismo con cada paso que dabas hacia la mesa. Tal vez alguien te anunció y presentó, pero no pude escuchar más nada luego de que saludaste con una sonrisa a todos los que estábamos sentados escuchando a algún pobre diablo leer algo. Creí haber visto los ojos más grandes hasta ese momento, me miraste de reojo y titubeé entre saludarte y sonreír nerviosamente, creo que fue un poco de la segunda con un tímido intento por levantar mi mano derecha. Inmediatamente erguí la espalda y acomodé mis codos al costado de mis costillas con las manos unidas, mientras mis dedos se abrazaban tímidamente, como adoptando la postura de alguien que se interesa por demás en lo que se estaba diciendo. De ahí en más solo quise hablarte, pero me separaban de vos unos metros y un tipo con un raro peinado y olor a inciensos. Todo se tornó diferente cuando alguien (parecía haber personas en la habitación junto a nosotros) te pidió que leyeras algo, y mientras que con una mano tomabas un cigarrillo, con la otra doblabas con desdén un libro para acomodar tus labios entre sus letras. Un movimiento de tus piernas cruzándose entre sí me dieron indicio de que estabas lista para empezar con tu lectura, tus labios se humedecieron al mismo tiempo que tus orificios nasales se abrieron despacio dejando entrar aire que en un momento se convirtió en un diafragma sutil empujando aire puro a través de tus cuerdas vocales y esa fue la primera vez que escuché a Marco Denevi, tu voz, y la noche cayendo sobre mis hombros hace ocho años.

Hace ocho años, Lucía... El tiempo corre de una manera extraña y lenta, creo haberme perdido unos capítulos de lo que fuimos, o lo que somos, detrás esos años tan insípidos, tan poca cosa ante tu presencia, tan vulnerables y estúpidos años.

Aún espero tu movimiento. Con amor: Ariel.

(Estefanía Brandán)

Diciembre 21, 1995
París, Francia

Querido Ariel:

¿Insomne transitás por la ciudad, imaginando hacia dónde van tus compañeros de viaje, cuáles son sus destinos y por quiénes lloran?

Las cosas marchan bien, no lo niego. Supongo que podrían ir mejor, pero... las fechas como los aniversarios, la Navidad y los cumpleaños invaden todo París de nostalgia y las avenidas se convierten en rostros tristes que denotan algún vacío...

Siempre creí que así como las personas nos eligen para estar en su vida, los animales también lo hacen. Y me alegra saber que alguien más te ha elegido a vos.

Me parece algo asombroso cómo podemos tener diferentes versiones sobre un mismo hecho.

Recuerdo haber llegado apurada, enojada y frustrada. La primera vez que miré alrededor, por el solo hecho de notarte, me sentí en casa. Estabas abstraído en pensamientos, supongo, o muy ocupado en la lectura o quizás peco de inocente y en realidad el vino ya había hecho efecto. El tiempo transcurrió igual para los dos, fueron las mismas horas las que compartimos, pero el tiempo es relativo y a eso voy. En mí, esas horas se convirtieron en días, semanas y años y, sin haberlo deseado, con un simple saludo supe que quería pasar con vos el resto de mi vida. Duele ver todo desde esta perspectiva que es la distancia, pero las cosas no sucedieron conforme a lo soñado, a lo hablado... Y bueno, hoy estoy aquí, en París, quizás disfrutando, quizás escapando.

Me encuentro un poco cansada, ¿sabés? Y frustrada. Al inicio y al final del día. Tus brazos siempre fueron mi hogar.

París me enseña que no volveremos a ser los mismos. Que somos y seremos otros y quizás, en algún bar, podremos volver a reconocer nuestras miradas. Quizás también una sea la respuesta.

Con amor, Lucía.

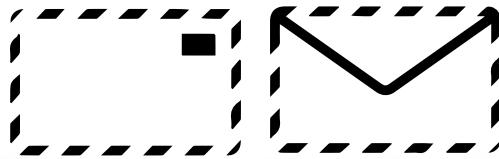


IMAGEN
actual
Peluquería unisex

Martes a viernes de 17 a 20.30 / Sábados de 10 a 12.30 y 17 a 20.30 hs.

Belgrano 2115 - Marcos Paz / Turnos y consultas: 11-5929 8059



Por M. M. Álvarez

Ilustrado por Fede Avila Corsini

LATE NIGHT

con Peter Lorre

Invitado:
Jack London



(La escena se desarrolla tras bambalinas)

—¿A quién tenemos la semana entrante, Maggie?
—Escritor. Ayer dio su visto bueno a la entrevista.
—Nombre, preciosa.

—John Griffith Chaney, más conocido como Jack London.

—Jack London... ¿el tipo de Colmillo Blanco?

—Así es.

—Gran historia. Cuando rodamos Casablanca sorprendí a Bogart con un ejemplar bajo el brazo, ¿acaso te conté de cuando rodamos Casablanca?

—Deben ser casi un millón de veces.

—Oh, maliciosa Maggie. Por otro lado, ¿te dije que te ves excelente en rojo? Realza el color de tus mejillas.

—Otro millón, Peter.

—László, por favor.

—Otro millón, László.

—Solo describo lo que tengo frente a mis ojos, querida.

—Gracias.

—Recordame, ¿hace cuánto que trabajamos juntos, Margaret?

—En octubre van a ser dos años.

—¿No creés que llegado el momento se deben dejar de lado las formalidades?

—Puede ser.

—¿Y cuando traje a Catharine a visitar el camerino?, ¿te acordás de eso?

—Claro que sí. Una niña preciosa.

—Lo mejor que me pasó en la vida.

—Se nota.

—¿London entonces?

—London.

—Es para mentalizarme.

—En quince salimos al aire. ¿Necesitás algo?, ¿maquillaje tal vez?

—No, estoy bien así. Solo dame un momento.

—Va a ser una gran noche. ¿Aún tenés esas molestias?

—En ocasiones.

—Tu rostro, Peter.

—¿Qué tiene?, ¿asusta?

—No, deberían hacer una efigie con él. Debería aparecer en las monedas.

—¿Preciosa?

—¿Qué sucede?

—László, por favor.

(Día de la entrevista)

Hoy tenemos el agrado de contar con la presencia de un hombre que, ni siquiera en el júbilo de la consagración, dejó de removarse por esta vasta tierra nuestra. Porque a veces hay autores cuya biografía supera con creces sus mejores novelas, y hoy, aquí en el piso, la realidad supera a la ficción. Popular por sus relatos de aventuras, se lo puede definir como un individuo de acción, vitalista, quien intuyó que la literatura tendría el poder suficiente para ser su vía directa de expresión. Memorable escritor de los espacios abiertos, un entusiasta del activismo y ferviente amante de la naturaleza. Con ustedes, damas y caballeros: ¡Jack London!

Buenas noches, Sr. London, gracias por venir.

—Buenas noches, Peter, muchas gracias por la invitación.

La idea, como bien sabe, es contar a través de una serie de preguntas, su vida como escritor y mucho más importante, como persona.

—Pues aquí estoy.

Si me respalda lo soso de la petición, me agradaría comenzar por el principio, que nos cuente de sus inicios.

—Es gracioso porque lo primero que viene a mi mente cuando retrocedo es la imagen de mi perro, Rollo. Lo obtuve a los nueve años, allá por 1885. Soy oriundo de San Francisco, California. Mi madre fue Flora Wellman, una mujer muy aficionada al espiritismo. Mi padre, John London, era un droguero con el cual se casó meses después de mi nacimiento, fugándose mucho antes de que su descendiente asomara a tener alguna especie de criterio que lo protegiera de las eventuales decepciones. Años después, al saber que había sido veterano de la Guerra de Secesión, opté por llevar su apellido.

Es al llegar a la figura de su padre cuando se abre un abanico de misterio. También se habla de un tercero en discordia, ¿no es así?

—Esa famosa otra versión de los hechos. La conozco, claramente. Se dice que pude haber sido fruto de un amorío entre mi madre y un astrólogo ambulante, un charlatán, llamado William Chaney.



—¿Tuvo contacto con él?

—Sí, le escribí una carta. Me aseguró que jamás había contraído matrimonio con Flora Wellman, y agregó que durante el tiempo en que se conocieron era “impotente”. Por lo que debía descartarse inmediatamente el rumor de que él era mi padre.

—¿Eso le tranquiliza o le tranquilizó en su momento?

—No voy a mentirte, Peter, me dio igual. Tuve todos y cada uno de los oficios imaginables. Albañil, jornalero agrícola, pescador, incluso serví en un barco guardacostas que se dedicó a perseguir a los mismos pescadores furtivos de ostras con los que había buceado tiempo atrás. Había cosas más importantes en mi vida. Debía moverme. Hice un viaje de siete meses como cazador de focas a través de Siberia y Japón. Después de vivir, sometido a las condiciones de vida más duras, llegué a la conclusión de que mi futuro carecía de perspectivas entre los habitantes más humildes de la Bahía. A raíz de eso, con diecinueve años recién cumplidos, me decidí a estudiar. En mi formación intelectual me encontré leyendo a autores muy dispares, tales como Kipling y Nietzsche. Aunque también a maestros como Poe y Stevenson. Quería hacerme rico y pa-

ra eso tenía un plan: escribir hasta que me sangraran las manos. Luego me uní a las expediciones de buscadores de oro por esa misma razón.

—A eso quería llegar. Usted participó, junto a su cuñado, en la fiebre del oro de Klondike.

—Partí a Alaska.

—Cuéntenos un poco.

—Todo se debió a una serie de hallazgos producidos en la región del Yukón, al noroeste de Canadá. Arrastró a una decena de miles de expedicionarios a arriesgar su vida en pos de un sueño que mucho tenía que ver con un espejismo. La travesía la emprendí con mi cuñado James Shepard, entre julio de 1897 y agosto de 1898. Allí conocí en profundidad los paisajes y los modos de vida. El balance de todo aquello terminó siendo pavorosamente negativo. No obstante, el extremo de esa aventura tuvo, para mí, un efecto contrario, excepcional podría decirse. Gracias a lo sucedido en Klondike nacieron cinco novelas y seis libros de cuentos.

—Entiendo que se hizo socialista a los veinte años.

—Sí. Tenía tanto el afán por predicar los principios del marxismo como el afán desmedido por conocer los lugares más recónditos del planeta. Me preocupaba la alienación del hombre en la era industrial. Siempre estuve del lado de la minoría, de los oprimidos. Presenté mi postulación a las elecciones municipales de Oakland por el Partido Socialista de América en dos ocasiones. Perdí en ambas.

—Un dato curioso es que en “Memorias de Lenin”, la mujer de este, Nadezhda K. Krupskaya, afirma que dos días antes de la muerte de su marido, le leyó uno de sus escritos.

—Admiro sus fuentes, Sr. Lorre. Supe que llegué a ser el autor preferido de Vladímir. ¿Tiene fuego?

—Por supuesto.

—Gracias.

—A partir de 1897, la revista Overland Monthly, empieza a publicar una serie de cuentos sobre las salvajes tierras del norte, que harían de usted un autor extremadamente reconocido. Poco después llegarían novelas como “La llamada de lo salvaje”, de 1903; “El lobo de mar”, de 1904, con un marcado carácter psicológico; la grandiosa “Colmillo Blanco”, dos años después; y “El vagabundo de las estrellas”, en 1915, donde hace una feroz crítica de



la tortura y la pena de muerte. Su ascendiente social llegó a ser tan grande que tras explorar las costas de Hawái...

—Con un velero construido con mis propias manos.

—...usted hizo del hasta entonces desconocido archipiélago, el destino de moda entre las clases más pudientes.

—No he estado en ningún lugar del mundo donde haya disfrutado y amado más que ahí. Me alegra que las personas pudieran acceder a lo que yo.

—Hay una fotografía muy interesante de esa época, donde se lo ve vestido con lo que parecen dátiles y una corona muy elaborada.

—Sé de la existencia de esa foto. No son dátiles, son hojas que nacen como en tiras de una planta muy peculiar. Como te digo, un sitio precioso, donde viví una etapa bastante alegre y creativa.

—He tenido el agrado de leer hace muy poco el cuento “Amor a la vida”, donde, como en otros textos tuyos, los personajes libran una cruenta batalla por sobrevivir en las frías tierras del este de Alaska. ¿Qué opinión tiene acerca de él?

—En “Amor a la vida” me pasó algo extraño. Es

mucho más que el relato de un hombre que logra sobrevivir. Traté de poner como eje central el instinto salvaje, adormecido en todos nosotros por la molicie de la rutina. Es este mismo instinto del que hablo el que lleva al protagonista a abandonar a su compañero de viaje. Lo extraño, como decía, es que creo haberme ensañado un poco con el personaje.

—¿Se puede decir entonces que “Amor a la vida” no es sino una letanía de declaraciones de amor a esta vida, que hora tras hora, día tras día, amenaza con dejar en el limbo al protagonista?

—Nunca mejor dicho.

Creo que es un canto desesperado, con la justa cantidad de imágenes. Pero aun así, Peter, creo que en “La peste escarlata”, curiosamente escrita en 1912, seis años antes de la pandemia provocada por la gripe española, tuve la oportunidad de ensañarme un poco más. En ella narro la llegada de un contagioso virus que acaba con la civilización. Por lo tanto a dicha enfermedad no le afectan, le son irrelevantes, las cualidades y desgracias de la humanidad. Me empeño en hacer sufrir a todos y cada uno.

—Hay un realismo tan intenso que linda la fantasmagoría alucinatoria. Perros obligados a transformarse en lobos para no ser devorados por esta especie.

—Sí, y hombres que luchan para no ser también devorados.

—La muerte se encuentra por todas partes en su obra. Desde los congelamientos hasta la inanición.

—Mi trabajo era escribir acerca de lo que sabía.

—Tema igual de recurrente en sus escritos es el boxeo, otra de sus pasiones.

—Estuve como corresponsal, cubriendo varios hitos pugilísticos. El mayor fue “La pelea del si-

glo". El combate entre Jack Johnson y James Jeffries. Aquel jodido negrata ganó por *knock out*. Jeffries no tuvo oportunidad.

—Pero pese a su éxito y prestigio usted fue acusado numerosas veces de plagio, ¿no es cierto?

—Sí, estoy al tanto. Y eso se debe a mi tendencia, y lo reconozco, de buscar los argumentos para mis relatos y novelas en recortes periodísticos y obras de no ficción. No tuve reparo en admitir que la fuente de "La llamada de lo salvaje" había sido, sin duda alguna, "Mis perros en el norte", de Egerton R. Young. Aunque polémico fue el caso de "El talón de hierro", cuyo séptimo capítulo acusaron de estar calcado de un ensayo de Frank Harris. Lo único que sé de todo eso, es que éste reclamó por los derechos, siendo nulo el resultado. Porque no fue para nada así.

—Nos encontramos con que no todo es consagración en la vida adulta de Jack London. Bajo el deseo inextinguible de vivir nuevas experiencias, algo lo hace embarcarse en una serie de ruinosos negocios: comunas, fábricas, grandes extensiones de campo para criar centenares de cabezas de ganado o establecer exóticas plantaciones.

—Sí, un completo fracaso. Jamás voy a olvidarme. Hasta traté de construir un castillo, pero el fuego lo devoró hasta los cimientos.

—¿Es lo que usted llamaría consecuencia por excesos?

—No cabe duda.

—Para ir cerrando, ¿podría contarnos qué fue lo que ocurrió el 22 de noviembre de 1916?

—Es muy difícil de narrar algo concreto, porque hay como una especie de neblina, ¿me entendés? Es como atisbar por una ventana empañada. Compré un rancho en Glen Ellen, California. Un territorio enorme que dediqué a explorar, con paciencia, montado a caballo. Después de mi mujer y mis hijas, aquel rancho era la cosa más preciada. Pero fui un mal gestor, o puede que me haya distraído con los negocios. En ese lugar sufrió una complicación hepática, muy dolorosa, que finalmente me causó la muerte. Tenía unos cuarenta años.

“...eso se debe a mi tendencia, y lo reconozco, de buscar los argumentos para mis relatos y novelas en recortes periodísticos y obras de no ficción.”





**“El dolor, Peter, era
insopportable. Por
ello consumía morfi-
na con asiduidad.
¿Puede haber contri-
buido a mi muerte?
Es muy probable.
Sobre todo cuando se
tiene en cuenta la po-
sibilidad de una so-
bredosis.”**

—Aun así su muerte, y con todo respeto, es material de controversia. Se dice, muy a pesar de que haya un certificado médico proponiendo algo distinto, que fue suicidio.

—El dolor, Peter, era insopportable. Por ello consumía morfina con asiduidad. ¿Puede haber contribuido a mi muerte? Es muy probable. Sobre todo cuando se tiene en cuenta la posibilidad de una sobredosis. Accidental o deliberada. Por eso la existencia de esta neblina que no me deja ver como quisiera.

—Tanta era su popularidad en ese entonces, que los periódicos europeos dedicaron más espacio a la noticia de su defunción que a la del emperador Francisco José de Austria, fallecido el día anterior.

—Todavía sigo riéndome de eso.

—Hasta qué punto puede llegar el poder de las letras, ¿no es cierto?

—No conozco océano que se les haya podido interponer.

—Muchas gracias por venir, Sr. London.

—Un verdadero placer, Peter.

—Buenas noches, televidentes. Esto fue “Late Night con Peter Lorre”. Y no se olviden: ¡Disculpen la franqueza, pero es la pura verdad! □

Amor a la vida

(1905)

Por Jack London



Esto quedará, de entre todo. Vivieron y se esforzaron; será ganancia esa porción del juego, aunque ya exista el oro de los dados.

Bajaron por la costa, cojeando, doloridos, y en una ocasión el primero de los hombres trastabilló entre las rocas sembradas al azar. Estaban cansados y débiles, y sus rostros tenían la expresión tensa de la paciencia que viene con las fatigas mucho tiempo soportadas. Iban cargados con fardos envueltos en mantas y amarrados con correas a los hombros. Otra correa les pasaba por la frente, y ayudaba a sostener los bultos. Cada hombre llevaba un rifle. Caminaban en postura encorvada, los hombros bien hacia adelante, la cabeza más adelante aun, los ojos clavados en el suelo.

—Ojalá tuviese dos de esos cartuchos que tenemos en nuestro escondrijo —dijo el segundo.

Su voz era total y fatigadamente inexpresiva. Hablaba sin entusiasmo; y el primer hombre, quien se introdujo, cojeando, en la lechosa corriente que espumeaba sobre las rocas, no ofreció respuesta.

El otro le pisaba los talones. No se quitaron los zapatos, aunque el agua estaba helada; tanto, que les dolieron los tobillos y se les entumecieron los pies. En algunos lugares, el agua se les precipitaba hasta las rodillas, y ambos hombres trastabillaban.

El segundo resbaló en una piedra lisa, estuvo a punto de caer, pero se recuperó con un violento esfuerzo, y al mismo tiempo lanzó una exclamación de dolor. Parecía aturdido y con vértigos, y extendió la mano libre mientras se bamboleaba, como buscando apoyo en el aire. Cuando recobró el equilibrio, se adelantó, pero volvió a tambalearse, y casi cayó. Luego permaneció inmóvil y miró al otro hombre, quien no había vuelto la cabeza.

Se quedó quieto durante un minuto, como si discutiera consigo mismo. Luego exclamó:

—Oye, Bill, me disloqué el tobillo.

Bill continuó tambaleándose a través del agua lechosa. No miró en torno. El hombre lo vio alejarse, y si bien su rostro siguió tan inexpresivo como antes, sus ojos eran como los de un ciervo herido.

El otro hombre llegó cojeando hasta la orilla opuesta y prosiguió en línea recta, sin mirar hacia atrás. El hombre del arroyo lo observó. Los labios le temblaban un poco, de modo que la tosca maraña de pelo castaño que los cubría se agitó visiblemente. Inclusive asomó la lengua para humedecerlos.

—¡Bill! —exclamó.

Era el grito de súplica de un hombre fuerte en apuros, pero la cabeza de Bill no se volvió. El hombre lo miró irse, cojeando en forma grotesca y tambaleándose hacia adelante, con pasos vacilantes, y subir la suave cuesta hasta la blanda línea del horizonte de la baja colina. Lo vio continuar hasta que llegó a la cima y desapareció al otro lado. Luego desvió la mirada y poco a poco recorrió el círculo del mundo que le quedaba,

ahora que Bill se había ido.

Cerca del horizonte, el sol ardía vagamente, casi oscurecido por informes brumas y vapores que daban una impresión de masa y densidad sin contornos o tangibilidad. El hombre extrajo el reloj, mientras apoyaba su peso sobre una pierna. Eran las cuatro, y como la estación se acercaba a finales de julio o principios de agosto -no podía decir la fecha exacta, fuera de una aproximación de una o dos semanas-, sabía que el sol señalaba, más o menos, el noroeste. Miró hacia el sur y supo que en algún lugar de esas yermas colinas se encontraba el lago Great Bear; también supo que en esa dirección el Círculo Ártico se abriría su temible paso a través de los eriales canadienses. El arroyo en que se encontraba era un tributario del río Mina de Cobre, que a su vez fluía hacia el norte y desembocaba en el golfo Coronación y el océano Ártico. Nunca había estado allí, pero una vez lo vio en un mapa de la Compañía de la Bahía de Hudson.

Su mirada volvió a completar el círculo del mundo que lo rodeaba. No era un espectáculo alentador. Por todos lados, la blanda línea del horizonte. Las colinas eran todas bajas. No se veían árboles, ni arbustos, ni hierbas... nada más que una tremenda y terrible desolación, que hizo que el temor se le asomara con rapidez a los ojos.

—¡Bill! —susurró una vez, y otra—. ¡Bill!

Se agachó en medio del agua lechosa, como si la vastedad lo presionara con fuerza abrumadora, aplastándolo con su complaciente atrocidad. Comenzó a temblar como de fiebre intermitente, hasta que el arma se le cayó de la mano con un chapoteo. Esto sirvió para despertarlo. Luchó contra su miedo y se recobró; tanteó en el agua y recogió el arma. Desplazó el bulto más hacia el hombro izquierdo, de modo de eliminar una parte del peso que caía sobre el tobillo dislocado. Luego se encaminó, con lentitud, dolorido, haciendo muecas, hacia la orilla.

No se detuvo. Con una desesperación que era locura, sin prestar atención al dolor, se apresuró a subir la cuesta, hasta la cima de la colina por la cual había desaparecido su compañero, más grotesco y cómico, con mucho, que ese camarada que a su vez cojeaba y se tambaleaba a sacudones. Pero en la cima vio un valle somero, vacío de vida. Luchó otra vez contra su temor, lo superó, se acomodó el bulto aun más hacia la izquierda

y descendió la cuesta balanceándose con violencia.

El fondo del valle estaba cubierto de agua, que el denso musgo retenía, como una esponja, cerca de la superficie. El agua brotaba a chorros a cada paso, bajo sus pies, y cada vez que levantaba un pie, la acción culminaba con un ruido de succión, cuando el musgo mojado lo soltaba a desgana. Continuó caminando, saltando de *muskeg* en *muskeg*, y siguió las pisadas del otro hombre, a lo largo y a través de los salientes rocosos que se asomaban como islotes en el mar de musgo.

Aunque solo, no estaba perdido. Sabía que más adelante llegaría a un lugar en que abetos abedules muertos, muy pequeños y achaparrados, bordeaban la costa de una laguna, el *titchinnchillie*, en el idioma de la región, la "tierra de los palos pequeños". Y a ese lago afluía una reducida corriente cuyas aguas no eran lechosas. En dicha corriente había juncos -eso lo recordaba bien-, pero no madera, y la seguiría hasta que su principal reguero terminara en una divisoria. Cruzaría ésta hasta el primer reguero de otro arroyo que fluía hacia el oeste, y al cual seguiría hasta que se vaciara en el río Dease, donde encontraría un escondrijo bajo una canoa volcada y cubierta por muchas piedras. Y en el escondrijo hallaría municiones para su arma descargada, anzuelos y sedales... todo lo necesario para matar y atrapar alimentos. Y también encontraría harina -no mucha-, un trozo de tocino y algunos frijoles.

“El otro le pisaba los talones. No se quitaron los zapatos, aunque el agua estaba helada; tanto, que les dolieron los tobillos y se les entumecieron los pies. En algunos lugares, el agua se les precipitaba hasta las rodillas, y ambos hombres trasabillaban.”

Andorra's

RESTO

011-5199-3930

f Andorra Marcos Paz Resto

o Andorra.MarcosPaz.Resto

INDEPENDENCIA 462 -- MARCOS PAZ

VISITANOS DONDE VOS PREFIERAS
TODOS LOS DIAS DESDE LAS 08.00
HASTA LAS 24.00.



Andorra's

011-5031-5938 **f** Andorra El bodegón del Pueblo **o** Andorra.Elbodegon.del.Pueblo

BELGRANO Y PELLEGRINI -- MARCOS PAZ

Bill lo esperaría allí, y remarían hacia el sur, Dease abajo, hasta el lago Great Bear. Y seguirían al sur, a través del lago, siempre hacia el sur, hasta llegar al Mackenzie. Y al sur, todavía más al sur, continuarían mientras el invierno los perseguía en vano, y se formaba hielo en los remolinos, y los días se volvían helados y secos, al sur, hacia algún abrigado puesto de la Compañía de la Bahía de Hudson, donde los árboles crecían altos y había inacabables cantidades de alimentos.

Esos eran los pensamientos del hombre, mientras se esforzaba en continuar su marcha. Pero así como empujaba a su cuerpo, con la misma fuerza empujaba a su mente, y trataba de pensar que Bill no lo había abandonado, que sin duda lo esperaría en el escondrijo. Estaba obligado a pensar así, porque de lo contrario no habría tenido sentido esforzarse, y se habría echado en el suelo, a morir. Y cuando la borrosa bola del sol se hundió poco a poco en el noroeste, repasó cada centímetro -y muchas veces- de la huida de Bill y él hacia el sur, por delante del invierno que llegaba. Y examinó una y otra vez los alimentos del escondrijo y los del puesto de la Compañía de la Bahía de Hudson. Hacía dos días que no comía; y durante mucho más tiempo no había comido lo necesario. A menudo se detenía y recogía pálidas bayas de *muskeg* que se llevaba a la boca, mascaba y tragaba. Ese tipo de bayas son un trocito de semilla cubierto por un poco de agua. En la boca el agua desaparece, y la semilla, al mascarla, es amarga y punzante. El hombre sabía que no contenían alimento, pero las mascó con paciencia, con una paciencia mayor que la experiencia y el conocimiento. A las nueve se golpeó los dedos de los pies en un afloramiento rocoso, y de puro cansancio y fatiga se tambaleó y cayó. Quedó tendido durante un tiempo, sin movimiento, de costado. Luego se quitó las correas del atado y se arrastró con torpeza hasta quedar sentado. Aún no había oscurecido, y en el ocaso que se demoraba tanteó entre las rocas, en busca de mechones de musgo seco. Cuando reunió una cantidad, encendió un fuego -un fuego que ardía sin llama, humeante- y se puso a hervir un jarro de hojalata con agua.

Desenvolvió su atado, y lo primero que hizo fue contar los fósforos. Tenía sesenta y siete. Los contó tres veces, para estar seguro. Los dividió en varias porciones, los envolvió en papel encerado, guardó una porción en su tabaquera vacía, otra

“Durmió como un muerto. Llegó y se fue la breve oscuridad de la medianoche. El sol se elevó en el noreste... por lo menos el día amanecía en ese sector, pues nubes grises tapaban el sol.”

en la cinta interior de su maltrecho sombrero, una tercera bajo la camisa, en el pecho. Hecho eso, se apoderó de él el pánico, y los desenvolvió todos y los contó de nuevo. Seguían siendo sesenta y siete.

Secó junto al fuego su calzado mojado. Los mocasines eran jirones empapados. Los calcetines de tela de manta estaban raídos en varios lugares, y tenía los pies en carne viva y sangrantes. El tobillo le latía, y lo examinó. Se le había hinchado hasta alcanzar el tamaño de la rodilla. Rasgó una larga tira de una de las dos mantas y con ella ciñó fuertemente el tobillo. Rasgó otras tiras y se envolvió los pies, para que le sirvieran a la vez como mocasines y calcetines. Luego bebió el jarro de agua, muy caliente, dio cuerda al reloj y se introdujo entre las mantas.

Durmió como un muerto. Llegó y se fue la breve oscuridad de la medianoche. El sol se elevó en el noreste... por lo menos el día amanecía en ese sector, pues nubes grises tapaban el sol.

Despertó a las seis, echado de espaldas. Miró al cielo gris y supo que estaba hambriento. Cuando rodó para apoyarse en el codo lo sobresaltó un fuerte bufido, y vio un caribú macho que lo miraba con despierta curiosidad. El animal se hallaba a no más de cinco metros de distancia, y en el cerebro del hombre surgió en el acto la visión y el sabor de carne de caribú chirriando y friéndose sobre el fuego. Tendió maquinalmente la mano hacia el rifle descargado, apuntó y apre-

tó el disparador. El macho bufó y se alejó de un salto; sus cascós repiqueteaban y tamborileaban al huir por sobre los afloramientos de rocas.

El hombre maldijo y arrojó el arma. Gimió en voz alta cuando comenzó a intentar ponerse de pie. Tenía las articulaciones como goznes herrumbados. Se movían con aspereza, con mucha fricción, y cada flexión se lograba sólo mediante un puro esfuerzo de voluntad. Cuando por fin logró levantarse, consumió un poco más de un minuto en enderezarse, de modo de mantenerse erguido, como debe estarlo un hombre.

Trepó a un pequeño otero y examinó el paisaje. No había árboles, ni arbustos, nada, salvo un mar gris, de musgo, apenas diversificado en rocas grises, lagunitas grises y arroyuelos grises. El cielo era gris. No había sol, ni atisbos de él. No tenía idea de hacia dónde quedaba el norte, y había olvidado el camino por el cual llegó al lugar la noche anterior. Pero no estaba perdido. Eso lo sabía. Pronto llegaría a la tierra de los palos pequeños. Sintió que se encontraba en algún lugar, a la izquierda, no lejos... tal vez al otro lado de la próxima loma.

Volvió a dar forma a su atado para el viaje. Se aseguró de la existencia de sus tres porciones separadas de fósforos, aunque no se detuvo a contarlos. Pero se demoró para meditar acerca de un chato saco de cuero de alce. No era grande. Podía ocultarlo bajo las dos manos. Sabía que pesaba siete kilos -tanto como el resto de la carga-, y le preocupaba. Por último lo dejó a un lado y se dedicó a enrollar el bulto. Se interrumpió para contemplar el chato saco de cuero. Lo tomó de prisa, con una mirada desafiante en derredor, como si la desolación tratase de despojarlo de él, y cuando se puso de pie para internarse tambaleando en el día, estaba incluido en el atado.

Se orientó hacia la izquierda, y de vez en cuando se detenía para comer bayas de *muskeg*. El tobillo se le había envarado, su cojera era más pronunciada, pero el dolor no era nada en comparación con el que sentía en el estómago. Los mordiscos del hambre eran intensos. Roían y roían, hasta que no pudo mantener los pensamientos fijos en el rumbo que debía seguir para llegar a la tierra de los palos pequeños. Las bayas de *muskeg* no mitigaban esas dentelladas, en tanto que le llagaban la lengua y el paladar con su irritante aspereza.

Llegó a un valle en que lagópodos de las rocas

se elevaron, con crepitantes aleteos, de los salientes y *muskegs*. "Quer... quer... quer", gritaban. Les arrojó piedras, pero no le acertó a ninguno. Dejó su bulto en el suelo y los acechó como un gato acecha a un gorrión. Las agudas rocas le atravesaron las perneras de los pantalones, hasta que las rodillas dejaron un rastro de sangre; pero la herida se perdió en la laceración del hambre. Se arrastró, retorciéndose, sobre el musgo húmedo, se saturó las ropas y se heló el cuerpo; pero no tenía conciencia de ello, tan grande era su fiebre de alimentos. Y siempre los lagópodos se elevaban, chirriando, ante él, hasta que su "quer... quer... quer..." se convirtió en una burla contra él, y los maldijo y les gritó con el mismo grito de ellos.

En un momento dado se arrastró hacia uno que debía de estar dormido. No lo vio hasta que se precipitó hacia arriba, delante de su cara, saliendo de su escondite entre las rocas. Estiró un brazo tan sobresaltado como el aleteo del lagópodo, y en su mano quedaron tres plumas de la cola. Mientras observaba el vuelo del ave, la odió como si le hubiese hecho algún daño terrible. Luego volvió y cargó con el atado.

"Secó junto al fuego su calzado mojado. Los mocasines eran jirones empapados. Los calcetines de tela de manta estaban raídos en varios lugares, y tenía los pies en carne viva y sangrantes. El tobillo le latía, y lo examinó. Se le había hinchado hasta alcanzar el tamaño de la rodilla."

“El tobillo se le había envarado, su cojera era más pronunciada, pero el dolor no era nada en comparación con el que sentía en el estómago. Los mordiscos del hambre eran intensos. Roían y roían, hasta que no pudo mantener los pensamientos fijos en el rumbo que debía seguir para llegar a la tierra de los palos pequeños.”

A medida que pasaba el día, llegaba a valles o terrenos pantanosos, donde la caza abundaba más. Pasó un grupo de caribús, de veinte y tantos animales, atormentadoramente cerca del alcance del rifle. Experimentó un loco deseo de correr tras ellos, la certidumbre de que podría alcanzarlos. Un zorro negro se dirigió hacia él, llevando un lagópodo en la boca. El hombre gritó. Fue un grito temible, pero el zorro, que se alejó de un salto, asustado, no soltó el lagópodo.

Entrada la tarde, siguió un arroyo, lechoso de cal, que corría entre ralos apiñamientos de juncos. Tomó varios de éstos con firmeza, cerca de la raíz, arrancó lo que parecía un joven brote de cebolla, no más largo que un clavo abismal. Era tierno, y sus dientes se hundieron en él con un crujido que prometía un delicioso alimento. Pero las fibras eran duras. Estaba compuesto de filamentos resistentes, saturados de agua, como las bayas, y carentes de sustancias nutritivas. Se descargó del bulto y se lanzó hacia los juncos, de manos y rodillas, y mordió y mascó, como una criatura bovina.

Estaba muy fatigado, y a menudo deseaba descansar, acostarse y dormir. Pero a cada instante

se veía impulsado hacia adelante, no tanto por su deseo de llegar a la tierra de los palos pequeños, como por el hambre. Inspeccionó diminutos estanques en busca de ranas, y cavó la tierra con las uñas en procura de gusanos, aunque sabía que tan al norte no hallaría ranas ni gusanos.

Registró en vano todos los charcos, hasta que, cuando llegaba el prolongado ocaso, encontró un único pez, del tamaño de un foxino, en uno de esos estanques. Hundió el brazo hasta el hombro, pero se le escapó. Introdujo las dos manos y removió el fango lechoso del fondo. En su excitación, cayó adentro, mojándose hasta la cintura. Después el agua quedó demasiado fangosa para permitirle ver el pez, y se vio obligado a esperar hasta que el agua se sedimentara.

La persecución se reanudó, y sólo se interrumpió cuando el agua volvió a enfangarse. Desprendió del bulto el cubo de hojalata y se puso a vaciar el estanque. Al comienzo trabajó como un enloquecido, salpicándose y arrojando el agua tan cerca, que volvía a correr hacia el charco. Puso más cuidado, se esforzó por mantenerse sereno, aunque el corazón le latía contra el pecho y le temblaban las manos. Al cabo de media hora el estanque se encontraba casi seco. Apenas quedaba una taza de agua. Y no se veía pez alguno. Halló una grieta oculta entre las piedras, por la cual había escapado al estanque adyacente, más grande, que no podría vaciar en una noche y un día. Si hubiera conocido la existencia de la grieta, la habría tapado con una piedra al principio, y el pez hubiese sido suyo.

Así pensó, y se derrumbó y cayó sobre la tierra mojada. Al comienzo lloró con suavidad, casi para sí; luego el llanto se hizo más fuerte, dirigido a la implacable desolación que lo rodeaba; y después, durante un largo rato, lo sacudieron grandes sollozos secos.

Encendió un fuego y se calentó bebiendo sorbos de agua caliente, y acampó en un saliente rocoso, tal como lo había hecho la noche anterior. Lo último que hizo fue mirar si tenía los fósforos secos y dar cuerda al reloj. Las mantas estaban húmedas y pegajosas. El tobillo le palpitaba de dolor. Pero sólo sabía que tenía hambre, y durante su inquieto sueño soñó con festines y banquetes, y con comida servida y presentada en todas las formas imaginables.

Despertó helado y enfermo. No había sol. El

gris de la tierra y el cielo se había acentuado, era más profundo. Soplaba un viento desapacible, y las primeras precipitaciones de nieve blanqueaban las cimas de las colinas. El aire se condensó y se volvió blanco mientras encendía un fuego y hervía más agua. Era nieve húmeda, mitad lluvia, y los copos grandes y empapados. Al principio se fundían en cuanto entraban en contacto con la tierra, pero continuaron cayendo, cubriendo el suelo, apagando el fuego, arruinando su acopio de musgo combustible.

Esa fue la señal para cargar el atado y trastabillar hacia adelante, no sabía a dónde. No le importaba la tierra de los palos pequeños, ni Bill y el escondrijo debajo de la canoa volcada junto al río Dease. Lo dominaba el verbo "comer". Estaba loco de hambre. No prestó atención al rumbo que seguía, siempre que lo llevase por tierras cenagosas. Caminó a tientas, por entre la nieve húmeda, hacia las acuosas bayas de *muskeg*, y se orientó por el tacto para arrancar los juncos de raíz. Pero eran bocados insípidos, y no proporcionaban satisfacción. Encontró unos hierbajos que tenían un sabor agrio, y comió todo lo que pudo hallar, que no era mucho, pues eran hierbas rastreñas, que se ocultaban con facilidad debajo de varios centímetros de nieve.

Esa noche no tuvo fuego, ni agua caliente, y se introdujo debajo de las mantas a dormir el espasmódico sueño del hambre. La nevada se había convertido en una lluvia fría. Despertó muchas veces, y la sintió caer sobre el rostro vuelto hacia arriba. Llegó el día, un día gris y sin sol. Había dejado de llover. Ya no experimentaba las punzadas del hambre. Se le había agotado la sensibilidad, por lo menos en lo relativo a su ansia de alimentos. Tenía en el estómago un dolor sordo, pesado, pero no le molestaba tanto. Estaba más racional, y otra vez le interesó en primer lugar la tierra de los palos pequeños y el escondrijo junto al río Dease.

Rasgó en tiras el resto de una de sus mantas, y se vendó los pies sangrantes. Además volvió a atarse el tobillo dislocado y se preparó para un día de marcha. Cuando llegó a su bulto, se detuvo largo rato ante el chato saco de cuero de alce, pero al final se lo llevó consigo.

La nieve se había fundido bajo la lluvia, y sólo las cimas de las colinas aparecían blanqueadas. Salió el sol, y el hombre consiguió ubicar los pun-

tos de la brújula, aunque ya sabía que estaba extraviado. Era posible que en sus días anteriores de vagabundeo se hubiese desviado demasiado hacia la izquierda. Se dirigió hacia la derecha, para contrarrestar la posible desviación respecto de su rumbo.

Aunque las dentelladas del hambre no eran ya tan exquisitas, se dio cuenta de que estaba débil. Se vio obligado a detenerse con frecuencia para descansar y atacar las bayas de *muskeg* y los agrupamientos de juncos. Sentía la lengua seca y grande, como cubierta de un fino vello, y le dejaba un sabor amargo en la boca. El corazón le daba muchos trastornos. Cuando caminaba unos pocos minutos, iniciaba unos implacables golpes sordos, y luego saltaba y parecía aletear en una dolorosa sucesión de palpitaciones que lo ahogaban y lo hacían sentirse débil y con vértigos.

En mitad del día encontró dos foxinos en un estanque grande. Era imposible vaciarlo, pero ahora estaba más sereno y consiguió atraparlos en su cubo. No eran mayores que su meñique, pero no tenía demasiada hambre. El dolor apagado del estómago se apagaba y atenuaba cada vez más. Casi parecía como si el estómago dormitara. Comió los pescados crudos, masticando con minucioso cuidado, pues el comer era un acto de puro raciocinio. Si bien no tenía deseos de comer, sabía que debía hacerlo para vivir.

"Esa noche no tuvo fuego, ni agua caliente, y se introdujo debajo de las mantas a dormir el espasmódico sueño del hambre. La nevada se había convertido en una lluvia fría. Despertó muchas veces, y la sintió caer sobre el rostro vuelto hacia arriba."

Al atardecer pescó otros tres foxinos, comió dos y se reservó el restante para el desayuno. El sol había secado dispersos mechones de musgo, y pudo calentarse con el agua que hirvió. Ese día no había recorrido más de quince kilómetros; y al siguiente, caminando cuando el corazón se lo permitía, hizo apenas ocho. Pero el estómago no le provocaba la menor inquietud. Se le había dormido. Además, se encontraba en una región desconocida, y los caribús abundaban más, y también los lobos. Muchas veces sus gañidos se desplazaban a través de la desolación, y en una ocasión vio a tres de ellos escurriéndose ante su senda.

Otra noche; y por la mañana, ya más racional, desató la correa de cuero que cerraba el chato saco de cuero de alce. De la boca abierta del saco cayó un chorro amarillo de tosc polvo y pepitas de oro. Dividió el oro, más o menos, en dos partes; ocultó una mitad debajo de un saliente, envuelta en un trozo de manta, e introdujo la otra mitad de nuevo en el saco. También comenzó a usar tiras de la manta restante para los pies. Continuaba aferrándose al rifle, pues había cartuchos en el escondrijo del río Dease.

Era un día de neblina, y ese día el hambre volvió a despertar en él. Estaba muy debilitado, y lo aquejaban vértigos que a veces lo cegaban. Ahora

“La nieve se había fundido bajo la lluvia, y sólo las cimas de las colinas aparecían blanqueadas. Salió el sol, y el hombre consiguió ubicar los puntos de la brújula, aunque ya sabía que estaba extraviado.”

no era nada extraordinario que tropezara y cayera; y en una ocasión, al tropezar, cayó de lleno sobre un nido de lagópodos. Había cuatro crías recién empolladas, el día anterior... motitas de vida palpitante que apenas formaban un bocado; y se las comió con voracidad. Se las metió vivas en la boca y las trituro, como si fueran huevos, entre los dientes. La madre aleteó alrededor de él, con grandes gritos. El hombre usó el arma como porra para derribarla, pero lo esquivó y se puso fuera de su alcance. Le arrojó piedras, y por casualidad le quebró un ala. El ave se alejó corriendo, arrastrando el ala, perseguida por él.

Los polluelos no hicieron más que aguzarle el apetito. Brincó y cojeó con torpeza, con el tobillo dislocado, arrojando piedras, y en ocasiones gritando, ronco; otras veces brincaba y cojeaba en silencio, levantándose, hosco y paciente, cuando caía, o frotándose los ojos con la mano cuando el vértigo amenazaba vencerlo.

La persecución lo llevó a través de terrenos pantanosos del fondo del valle, y encontró huellas de pisadas en el musgo empapado. No eran las suyas, eso podía verlo. Debían de ser de Bill. Pero no podía detenerse, pues el lagópodo hembra seguía corriendo. Primero la atraparía, para volver luego a investigar.

Agotó a la hembra; pero él también se agotó. El ave yacía jadeante, de costado. Y él yacía jadeante de costado, a cuatro metros, incapaz de arrastrarse hacia ella. Y cuando se recuperó, también se recuperó el lagópodo, y aleteó fuera de su alcance, cuando la mano hambrienta del hombre se extendió para tomarla. La caza se reanudó. Cayó la noche, y el ave escapó. Él se tambaleó de extenuación y se precipitó de bruces, cortándose la mejilla, el atado a la espalda. No se movió durante un tiempo; luego rodó de costado, dio cuerda al reloj y permaneció allí hasta la mañana.

Otro día de niebla. La mitad de su última manta había desaparecido en forma de vendas para los pies. No encontró la pista de Bill. No importaba. El hambre lo impulsaba con demasiada imperiosidad... sólo que... sólo que se preguntó si también Bill estaría extraviado. Al mediodía, la molestia del atado se volvió demasiado oprimente. Volvió a dividir el oro, pero esta vez no hizo más que derramar la mitad en el suelo. Por la tarde arrojó el resto, y ya sólo le quedó media manta, el cubo de hojalata y el rifle.

Empezó a perturbarlo una alucinación. Estaba seguro de que le quedaba un cartucho. Se encontraba en la recámara del rifle, y él no se había acordado de eso. Por otro lado, sabía, al mismo tiempo, que la recámara estaba vacía. Pero la alucinación persistía. Luchó contra ella durante horas enteras, y luego abrió el rifle y se enfrentó al vacío de la recámara. La desilusión fue tan amarga como si en verdad hubiera esperado encontrar el cartucho.

“A causa de una visión que casi lo hizo desvanecerse. Se tambaleó y bamboleó, vacilante como un borracho que trata de no caerse. Ante él se veía un caballo. ¡Un caballo! No pudo dar crédito a sus ojos.”

Siguió arrastrando los pies durante media hora, y la alucinación volvió a surgir. Otra vez luchó contra ella, y sin embargo persistió, hasta que, nada más que por el alivio que ello le daría, abrió el rifle para disuadirse. En ocasiones sus pensamientos vagaban, y continuó caminando trabajosamente, como un simple autómata, y extrañas visiones y caprichos le roían el cerebro, como gusanos. Pero estas excursiones fuera de la realidad eran de breve duración, porque siempre los tormentos del hambre lo llamaban de vuelta a ella. En un momento dado regresó de esas excursiones, en forma brusca y con una sacudida, a causa de una visión que casi lo hizo desvanecerse. Se tambaleó y bamboleó, vacilante como un borracho que trata de no caerse. Ante él se veía un caballo. ¡Un caballo! No pudo dar crédito a sus ojos. Había en ellos una densa bruma, salpicada de chispeantes puntos de luz. Se frotó los ojos con

furia, para aclarar la visión, y vio, no un caballo, sino un gran oso pardo. El animal lo estudiaba con belicosa curiosidad.

El hombre tenía el rifle a mitad de camino hacia el hombro antes de darse cuenta de lo que hacía. Lo bajó y extrajo su cuchillo de caza de la vaina adornada con cuentas que llevaba a la cintura. Tenía ante sí carne y vida. Pasó el dedo por el filo del cuchillo. Cortaba. La punta era aguzada. Se lanzaría sobre el oso y lo mataría. Pero el corazón inició sus sordos latidos de advertencia. Luego siguió el loco aleteo hacia arriba, y el tamborileo, la presión, como de una tira de hierro, en torno de la frente.

Su desesperada valentía fue expulsada por una gran oleada de temor. En su debilidad, ¿qué sucedería si el animal atacaba? Se irguió hasta su estatura más imponente, apretó el mango del cuchillo y miró con intensidad al oso. Éste avanzó con torpeza un par de pasos, se irguió y emitió un gruñido exploratorio. Si el hombre corría, correría tras él; pero el hombre no corrió. Ahora lo animaba la valentía del miedo. También él lanzó un gruñido terrible, salvaje, que exteriorizaba el miedo afín a la vida y que se encuentra enroscado en torno de las raíces más profundas de la vida.

El oso se escurrió hacia un costado, entre gruñidos amenazadores, aterrorizado él mismo por la misteriosa criatura que se presentaba erguida e impávida. Pero el hombre no se movió. Permaneció como una estatua hasta que pasó el peligro, y entonces se entregó a un acceso de temblores y se dejó caer en el musgo mojado.

Se recuperó y siguió su marcha, asustado ahora en una nueva forma. No era el temor a morir en forma pasiva, por falta de alimentos, sino el de ser destruido con violencia antes que el hambre hubiese agotado en él la última partícula de empeño que lo orientaba hacia la supervivencia. Estaban los lobos. Sus aullidos recorrían la desolación de un lado a otro, tejían en el aire mismo la trama de una amenaza tan tangible, que se sorprendió, los brazos en alto, presionándola hacia atrás, como habría podido hacerlo con las paredes de una tienda azotada por el viento.

Una y otra vez los lobos, en grupos de dos o tres, cruzaban su senda. Pero se apartaban de él. No se encontraban en número suficiente, y además cazaban caribús, que no presentaban combate, en tanto que esa extraña criatura que ca-

minaba erguida podía rasguñar y morder.

Ya entrada la tarde se topó con huesos dispersos, donde los lobos habían matado a su víctima. Los restos pertenecían a lo que media hora antes era un caribú joven, que gritaba y corría, muy lleno de vida. Contempló los huesos, limpios y pulidos, rosados por la vida celular que aún no había muerto en ellos. ¿Podía ser que él terminase del mismo modo, antes que hubiera concluido el día? Así era la vida, ¿eh? Una cosa vana y fugaz. Sólo dolía la vida. No existía dolor en la muerte. Morir era dormir. Representaba cesación, descanso. Y entonces, ¿por qué no se conformaba con morir?

Pero no moralizó durante mucho tiempo. Se hallaba arrodillado en el musgo, con un hueso en la boca, sorbiendo los fragmentos de vida que todavía lo tenían de un rosa pálido. El dulce sabor de carne, tenue y esquivo, casi como un recuerdo, lo enfureció. Apretó las mandíbulas sobre el hueso y trituró. A veces se quebraba el hueso, a veces los dientes. Luego aplastó los huesos entre piedras, los machacó hasta convertirlos en pulpa, y los tragó. También se machacó los dedos, en la prisa, y sin embargo encontró un momento para experimentar sorpresa ante el hecho de que los dedos no le dolieran tanto cuando quedaban atrapados bajo la piedra que descendía.

Llegaron días espantosos de nieve y lluvia. No sabía cuándo acampaba, cuándo levantaba campamento. Viajaba de noche tanto como de día. Descansaba donde se caía, se arrastraba cuando la vida, moribunda en él, parpadeaba en breves chisporroteos y ardía con un poco más de vigor. Ya no se esforzaba como un hombre. Lo que lo empujaba era la vida que había en él, nada dispuesta a morir. No sufrió. Los nervios se le habían embotado, entumecido, en tanto que tenía el cerebro repleto de fantásticas visiones y deliciosos sueños. Pero continuaba succionando y mascando los huesos triturados del caribú, cuyos menores restos había recogido y llevado consigo. Ya no cruzó más colinas ni divisorias, sino que siguió mecánicamente una amplia corriente que fluía a través de un valle ancho y somero. No vio la corriente ni el valle. No veía otra cosa que visiones. El alma y el cuerpo caminaban y se arrastraban una al lado del otro, pero separados, tan delgado era el hilo que los unía.

Despertó en sus cabales, acostado, de espaldas,

sobre un saliente rocoso. El sol derramaba luz y calor. A lo lejos escuchó el grito de los caribús más jóvenes. Tuvo conciencia de vagos recuerdos de lluvia y viento y nieve, pero no sabía si la tormenta lo había castigado dos días o dos semanas atrás.

Durante un rato siguió echado sin moverse, con el sol derramándose sobre él y saturando con su calor su desdichado cuerpo. Un hermoso día, pensó.

“Una cosa vana y fugaz. Sólo dolía la vida. No existía dolor en la muerte. Morir era dormir. Representaba cesación, descanso. Y entonces, ¿por qué no se conformaba con morir?”

Quizá conseguiría establecer su ubicación. Con un doloroso esfuerzo, rodó de costado. Debajo de él fluía un río ancho y perezoso. Lo intrigó el hecho de que le resultara tan poco conocido. Lo siguió con los ojos, poco a poco, hasta donde serpenteaba en amplias curvas, entre las yermas colinas desnudas, más yermas y desnudas y bajas que ninguna de las que había encontrado hasta entonces. Poco a poco, en forma deliberada, sin excitación ni mucho más que el interés más casual, siguió el curso de la extraña corriente hasta la línea del horizonte, y la vio vaciarse en un mar brillante y luminoso. Continuaba sin emocionarse. Extraordinario, pensó, una visión o un espejismo; más bien una visión, una treta de su mente trastornada. Así se lo confirmó el espectáculo de un barco anclado en medio del mar resplandeciente. Cerró los ojos un momento, y los abrió de nuevo. ¡Resultaba extraño que la visión persis-

tiera! Y sin embargo no era extraño. Sabía que no había barcos ni mares en el corazón de las tierras eriales, tal como antes supo que el rifle no contenía cartucho alguno.

Oyó un husmeo detrás de él... un jadeo o los semiahogados. Muy despacio, debido a su enorme debilidad y envaramiento, rodó hacia el otro costado. No consiguió ver nada cerca, pero aguardó con paciencia. Otra vez se escuchó el husmeo y la tos, y delineada entre dos rocas dentadas, a no más de cinco metros, distinguió la cabeza gris de un lobo. Las agudas orejas no estaban tan levantadas como las había visto en otros lobos; tenía los ojos legañosos e inyectados en sangre; la cabeza parecía caer, floja y desamparada. El animal parpadeaba continuamente a la luz del sol. Daba la impresión de estar enfermo. Mientras lo miraba, volvió a husmear y toser.

Por lo menos esto es real, pensó, y se volvió hacia el otro lado, para poder contemplar la realidad del mundo que se le había ocultado antes de la visión.

Pero el mar continuaba brillando a la distancia, y el barco se discernía con claridad. ¿Entonces eran realidad, en resumidas cuentas? Cerró los ojos durante un largo rato y pensó, y entonces se le ocurrió. Había caminado hacia el nordeste, alejándose de la divisoria del Dease, en dirección del valle Mina de Cobre. Ese río amplio y perezoso era el Mina de Cobre. El mar brillante era el océano Ártico. El barco era un ballenero que se

había desviado al este, muy hacia el este, desde la boca del Mackenzie, y se hallaba anclado en el golfo Coronación. Recordó el mapa de la Compañía de Hudson que vio mucho tiempo atrás, y todo le resultó claro y razonable.

Se sentó y dedicó su atención a los asuntos inmediatos. Había desgastado sus vendas de mantas, y sus pies eran informes trozos de carne al rojo vivo.

Ya no le quedaban mantas, ni el rifle, ni el cuchillo. En alguna parte había perdido el sombrero, con el puñado de fósforos en la cinta interior, pero los que llevaba contra el pecho estaban a salvo y secos, dentro de la tabaquera y el papel encerado. Miró su reloj. Marcaba las once y aún funcionaba. Resultaba evidente que lo había mantenido con cuerda.

Se sentía calmo y reposado. Aunque débil en extremo, no experimentaba sensaciones de dolor. No tenía hambre. Ni siquiera le resultaba agradable pensar en comida, y todo lo que hacía lo hacía por imperio de la razón. Se rasgó las perneras de los pantalones hasta las rodillas y con las tiras se ató los pies. Quién sabe cómo, había logrado conservar el cubo. Bebería un poco de agua caliente antes de emprender lo que preveía que sería una terrible marcha hasta el barco.

Sus movimientos eran lentos. Temblaba como de fiebre. Cuando se puso a recoger musgo seco, descubrió que no podía incorporarse. Lo intentó una y otra vez, y luego se conformó con arrastrarse a gatas. Una vez se arrastró cerca del lobo enfermo. El animal se salió a desgana fuera de su camino, lamiéndose los belfos con una lengua que apenas parecía tener fuerza suficiente para enroscarse. El hombre vio que la lengua no exhibía el acostumbrado y saludable color rojo. Era de un color pardo amarillento, y parecía cubierta de una mucosidad tosca y semiseca.

Después de beber medio litro de agua caliente, el hombre descubrió que podía ponerse en pie, e inclusive caminar como se supone que camina un moribundo. A cada minuto, más o menos, se veía obligado a descansar. Sus pasos eran débiles e inseguros, como los del lobo que lo seguía; y esa noche, cuando el mar resplandeciente fue borrado por la oscuridad, supo que no se había acercado a él en más de seis kilómetros.

Durante la noche oyó la tos del lobo enfermo, y de vez en cuando los gritos de los caribús más jó-

“Ya no le quedaban mantas, ni el rifle, ni el cuchillo. En alguna parte había perdido el sombrero, con el puñado de fósforos en la cinta interior, pero los que llevaba contra el pecho estaban a salvo y secos.”

venes. Había vida en torno de él, pero era vida fuerte, muy viva, y sabía que el lobo enfermo se pegaba a las huellas del hombre enfermo en la esperanza de que éste muriese primero. Por la mañana, al abrir los ojos, lo vio observándolo con una mirada ávida y hambrienta. Se encontraba acurrucado, con la cola entre las piernas, como un perro desdichado y angustiado. Temblaba con el frío viento matinal, y sonrió con desaliento cuando el hombre le habló con una voz que apenas llegaba a ser un ronco susurro.

El sol se elevó, brillante, y durante toda la mañana el hombre se tambaleó y cayó con rumbo al barco anclado en el mar radiante. El tiempo era perfecto. Era el breve veranillo de San Martín de las altas latitudes. Podía durar una semana. O desaparecer al día siguiente, o al otro.

Por la tarde el hombre halló una senda. Era de otro hombre, que no caminaba, sino que se arrastraba en cuatro patas. El hombre pensó que tal vez fuese Bill, pero lo pensó en forma vaga, desinteresada. Carecía de curiosidad. En rigor, ya no existían en él sensaciones ni emociones. Ya no era susceptible al dolor. El estómago y los nervios se le habían dormido. Estaba agotado, pero se negaba a morir. Y porque se negaba a morir continuaba comiendo bayas de *muskeg* y foxinos, bebía su agua caliente y mantenía una mirada vigilante sobre el lobo enfermo.

Siguió las huellas del hombre que se arrastraba, y pronto llegó al final de ellas... unos pocos huesos recién pelados, en un lugar en que el musgo empapado mostraba las pisadas de muchos lobos. Vio un chato saco de piel de alce, igual al suyo, desgarrado por dientes agudos. Lo recogió, aunque ello resultó casi superior a las posibilidades de sus débiles dedos. Bill lo había cargado hasta el final. ¡Ja, ja! Todavía llegaría a reírse de Bill. Sobreviviría y lo llevaría al barco del mar radiante. Su risa era ronca y horrenda, como el graznido de un cuervo, y el lobo enfermo lo imitó, y lanzó un aullido lúgubre. El hombre se interrumpió de repente. ¿Cómo podría reírse de Bill si eso era Bill; si esos huesos, tan blanquirroscados y limpios, eran Bill?

Se apartó. Bien, Bill lo había abandonado; pero él no tomaría el oro, ni succionaría los huesos de Bill. Si las cosas hubiesen sucedido al revés, Bill lo habría hecho, caviló mientras seguía trastabillando. Llegó a un estanque. Inclinado sobre él,

en busca de foxinos, echó la cabeza hacia atrás, como si algo lo hubiese punzado. Había visto el reflejo de su cara. Tan horrible fue la visión, que la sensibilidad despertó lo suficiente como para conmoverse. Había foxinos en el estanque, demasiado grande para desagotarlo; y luego de varios intentos ineficaces para pescarlos en el cubo, desistió. Temía, debido a su enorme debilidad, caerse dentro y ahogarse. Por ese motivo no se lanzó al río, a caballo de los muchos troncos encallados en los bancos de arena.

Ese día disminuyó en cinco kilómetros la distancia que mediaba entre él y el barco; al día siguiente, en tres, porque ya se arrastraba como lo había hecho Bill; y el final del quinto día encontró al barco todavía a diez kilómetros, y a él incapaz de hacer siquiera un kilómetro y medio diario. El veranillo de San Martín se mantenía, y él siguió arrastrándose y desvaneciéndose en forma alternada; y el lobo enfermo siempre tosía y estornudaba a su espalda. Las rodillas estaban en carne viva, como sus pies, y aunque las acolchó con la camisa, dejaba tras de sí una huella roja, sobre el musgo y las piedras. Una vez, al mirar hacia atrás, vio al lobo, hambriento, lamiendo sus rastros ensangrentados, y se dio cuenta con claridad de cuál podía ser su final... a menos... a menos de que eliminase al lobo. Entonces comenzó una tan torva tragedia de la existencia como jamás se haya representado: un hombre enfermo que se arrastraba, un lobo enfermo que renqueaba, dos criaturas que empujaban su cuerpo agonizante a través de la desolación, y cada una de las dos ansiaba la vida de la otra.

“Por la tarde el hombre halló una senda. Era de otro hombre, que no caminaba, sino que se arrastraba en cuatro patas. El hombre pensó que tal vez fuese Bill.”

Si hubiese sido un lobo sano, al hombre no le habría importado mucho; pero el pensamiento de alimentar las fauces de esa cosa repugnante y casi muerta le resultó aborrecible. Era puntilloso. Sus pensamientos volvieron a vagar y a ser acosados por alucinaciones, en tanto que sus intervalos lúcidos se hacían cada vez más breves y más raros. Una vez despertó de un desvanecimiento debido a un jadeo muy cerca de su oreja. El lobo saltó hacia atrás, cojeando, perdió pie y cayó, en su debilidad. Resultó ridículo, pero a él no le divirtió. Ni siquiera sintió miedo. Estaba demasiado extenuado para eso. Pero por el momento sus pensamientos eran claros, y continuó acostado y pensó. El barco se hallaba a no más de seis kilómetros y medio. Lo veía con absoluta nitidez cuando se frotaba los ojos para quitarles la bruma, y podía ver la blanca vela de un botecillo que cortaba el agua del mar resplandeciente. Pero jamás

“Una vez, al mirar hacia atrás, vio al lobo, hambriento, lamiendo sus rastros ensangrentados, y se dio cuenta con claridad de cuál podía ser su final... a menos... a menos de que eliminarse al lobo.”

podría recorrer arrastrándose esos seis kilómetros. Lo sabía, y aceptó el conocimiento del hecho con suma tranquilidad. Sabía que no podía arrastrarse ni medio kilómetro. Y sin embargo quería vivir. Era irracional morir después de todo lo que había sufrido. El destino le pedía demasiado. Y agonizante, se oponía a morir. Quizá fuese demencia, pero en las garras mismas de la muerte la desafió, y se negó a desaparecer.

Cerró los ojos y se preparó con infinita precau-

ción. Se obligó a mantenerse por encima de la asfixiante languidez que lamía, como una marea ascendente, todos los rincones de su ser. Se parecía mucho a una ola, esa mortífera languidez que crecía y crecía, y le ahogaba la conciencia poco a poco. En ocasiones quedaba casi sumergido, y nadaba a través del olvido con brazadas vacilantes; y después, por alguna extraña alquimia del alma, encontraba otro fragmento de voluntad y nadaba con mayor energía.

Continuó echado de espaldas, sin moverse, y pudo oír, acercándose despacio, cada vez más, las inspiraciones y espiraciones jadeantes del lobo enfermo.

Se aproximaba a lo largo de la infinitud del tiempo, y él no se movió. Se hallaba junto a su oreja. La áspera lengua seca le raspó la mejilla. Sus manos se dispararon... o por lo menos les ordenó dispararse. Los dedos estaban curvados como garras, pero se cerraron sobre el aire. La velocidad y la precisión exigen energía, y el hombre no la poseía.

La paciencia del lobo era terrible. La del hombre no lo era menos. Durante medio día yacía inmóvil, luchando contra la inconsciencia y esperando a la cosa que debía alimentarlo y de la cual deseaba alimentarse. A veces la ola lánguida se elevaba por encima de él, y soñaba largos sueños; pero siempre, a través de todo aquello, del despertar y el soñar, esperaba la respiración aceitante y la áspera caricia de la lengua.

No escuchó la respiración, y se deslizó, poco a poco, fuera de un sueño, al sentir la lengua en la mano. Esperó. Los colmillos oprimieron con suavidad; la presión se acentuó; el lobo dedicaba sus últimas fuerzas a clavar los dientes en el alimento que tanto había esperado. Pero el hombre también llevaba esperando mucho tiempo, y la mano lacerada se cerró sobre la mandíbula. Lentamente, mientras el lobo luchaba con debilidad, la otra mano se deslizó para aferrar. Cinco minutos más tarde, todo el peso del cuerpo del hombre caía encima del lobo. Las manos no tenían vigor suficiente para estrangularlo, pero la cara del hombre se apretaba contra la garganta del animal, y la boca del hombre estaba llena de pelos. Al cabo de media hora el hombre tuvo conciencia de un cálido chorro que le caía por la garganta. No era agradable. Parecía plomo fundido que le penetrase por la fuerza en el estómago,

y sólo su voluntad consiguió retenerlo. Más tarde el hombre rodó hasta quedar de espaldas, y durmió.

En el ballenero Bedford viajaban algunos miembros de una expedición científica. Desde la cubierta divisaron un objeto extraño en la playa. Se movía en ésta, hacia el agua. No pudieron clasificarlo, y como eran hombres de ciencia, treparon al bote del costado y se dirigieron hacia la costa para investigar. Y vieron algo que estaba vivo, pero que apenas era posible llamar un hombre. Estaba ciego, inconsciente. Se retorcía en el suelo como un monstruoso gusano. La mayoría de sus esfuerzos eran ineficaces, pero se mostraba persistente, y se retorcía y reptaba, y avanzó unos cinco metros en una hora.

Tres semanas más tarde el hombre yacía en un camastro del ballenero Bedford, y con las lágrimas corriéndole por las mejillas macilentas relataba lo que había padecido y quién era. También balbuceó, incoherente, acerca de su madre, del soleado sur de California, y de un hogar entre naranjales y flores.

No pasaron muchos días antes que se sentara a la mesa con los hombres de ciencia y los oficiales del barco. Se regocijó ante el espectáculo de tanta comida, y la observó con ansiedad mientras desaparecía en la boca de los demás. Con la desaparición de cada bocado se asomaba a sus ojos una expresión de profunda congoja. Estaba muy cuerdo, pero a la hora de las comidas odiaba a aquellos hombres. Lo perseguía el temor de que la comida no alcanzara. Interrogó al cocinero, al grumete, al capitán, acerca de las provisiones. Lo tranquilizaron en incontables oportunidades; pero no les creía, y espiaba con astucia en torno del pañol de víveres, para ver con sus propios ojos.

Se advirtió que el hombre empezaba a engordar. Se volvía más rollizo con cada día que pasaba. Los científicos menearon la cabeza y teorizaron. Le limitaron las comidas, pero su cintura seguía engrosando, y se hinchaba en forma prodigiosa por debajo de la camisa.

Los marineros sonreían. Ellos sabían. Y cuando los científicos se dedicaron a vigilarlo, también se enteraron. Lo vieron dirigirse a proa después del desayuno, y como un mendicante, con la palma extendida, abordar a un marinero. Éste le sonrió y le pasó un fragmento de galleta. El hombre la tomó con codicia, la miró como un avaro contem-

pla su oro, y se la guardó debajo de la camisa. Las donaciones de otros marineros sonrientes eran similares.

Los hombres de ciencia se mostraron discretos. Lo dejaron en paz. Pero examinaron su camastro a hurtadillas. Estaba forrado de galleta; el colchón estaba relleno de galleta; cada rincón se hallaba repleto de galleta. Y sin embargo el hombre estaba cuerdo. Adoptaba precauciones en prevención de otro posible período de hambre... eso era todo. Ya se recuperaría, dijeron los científicos; y se recobró antes que el ancla del Bedford cayese con estrépito en la bahía de San Francisco. □

Plenitud

Por Noelia Vega



Que mis pies toquen la tierra

Sin prisa, sin tiempo

Con calma, con sueños

Con el sol en el cielo, con el sol dentro mío

Con amor, en el aire, con amor infinito.

Casa abandonada

y una teoría sobre los linyeras

Por Guillermo Galli

Conocí a mis amigos del barrio una tarde aburrida y calurosa de diciembre. Me acuerdo que doblé la esquina y los vi apoyados contra el paredón de la casa de los dobermann. Días después me enteré que molestar a la pareja de perros era la alternativa cuando el aburrimiento acosaba. Pero esa tarde los dueños habían dejado a los perros en el patio de atrás. Mis amigos estaban a punto de irse a sus casas a ver televisión, entonces llegué yo, me detuve y hablamos pero la cosa no cambió mucho. Los ánimos estaban por el piso, con el calor y la humedad no daban ganas de hacer nada. Me preguntaron si tenía juguetes nuevos, les dije que no pero que conocía un juego que había jugado en mi barrio anterior: encontrar una casa abandonada y explorarla.

—En este barrio no hay casas abandonadas —dijo Sebastián.

Le contesté que en todos los barrios hay casas abandonadas, que si todas las casas estuviesen habitadas entonces no habría gente viviendo en las calles, como los cirujas o los pordioseros.

—Los cirujas viven en los caños —me respondió.

Gustavo acotó que su papá decía que los cirujas son tipos peleados con la vida.

—Entonces —continuó— es muy probable que las casas abandonadas sean las antiguas moradas de los crotos, que decidieron irse a vivir a los caños o a las plazas.

Aclarado el asunto resolvimos caminar y no parar hasta dar con una casa abandonada. El destino quiso que fuera yo quien la encontrase, escondida entre tantas otras.

—No tiene pinta de abandonada —decretó Sebastián.

—¿Y vos qué sabés? —lo enfrenté—, ¿alguna vez viste una? Seguro que sólo en las películas. Esta es una casa abandonada de verdad, no tiene murciélagos ni gatos, ni pastos crecidos llenos de bichos, pero está abandonada de verdad, estoy

seguro.

—Hay casas —Gustavo dio la nota otra vez— que fueron abandonadas hace mucho tiempo por cirujas que seguro ya están muertos. Ésas tienen enredaderas y arbolitos que les crecen en los techos y están llenas de arañas y de ratas, como los castillos antiguos. Pero también hay casas que se abandonaron hace poco y que están como nuevas. Capaz que ésta era de un ciruja que hace poco que se peleó con la vida.

—Yo vi uno en la placita España, antes de ayer —cedió Sebastián.

—Debe ser ése.

Ya no había dudas. Esa casa estaba abandonada y la había descubierto yo, el día en que conocí a mis amigos. Encontramos una ventana entreabierta y logramos entrar a lo que los tres confirmamos como el living comedor. Había muy pocos muebles, apenas una mesa con dos sillas y un aparador con platos y vasos, sin adornos ni nada que indicara que el lugar estuviese habitado. Todo estaba lleno de polvo, igual que en las películas de casas abandonadas, aunque faltaban las telarañas y los muebles cubiertos de sábanas.

Nos dispersamos como un grupo de peritos policiales, cada uno se metió en un cuarto distinto a explorar. Gustavo descubrió la habitación de un niño. Había una cama pequeña y en el piso unos soldaditos desparpamados.

—¡Están todos rotos! —se quejó Sebastián. Los agarró y comenzó a hacer puntería contra la bombita de luz.

Me dieron pena, pero no dije nada. Si al final era verdad, los soldaditos estaban todos rotos, como si alguien se hubiese ensañado con ellos. No servían más que para hacer puntería contra la bombita de luz. Seguí explorando, me metí en la habitación matrimonial. Mientras revolvía un cajón escuché que en la cocina Sebastián quería abrir la heladera pero Gustavo le advirtió contra los peligros de encontrar un muerto congelado.

Llamé a los gritos a los dos con un collar de perlas en la mano. Apenas evaluaron mi hallazgo, Sebastián descubrió en un rincón un baúl con objetos personales. Me dolió, porque me hubiese gustado ser yo el que lo descubriese. Mientras él abría la tapa y echaba un vistazo me apuré a revolver lo que había adentro. Entre ropas apollilladas, tarjetas y souvenirs, encontré unos cuadernos antiguos atados con una piola. Era el diario íntimo de una mujer. Gustavo y Sebastián me miraron entusiasmados, ahí supe que les daba gusto haberme conocido, que la tarde calurosa y pesada de diciembre no había sido en vano para ninguno de los tres. Cortamos la piola y empezamos a leer cada uno un cuaderno. De a ratos comentábamos algún párrafo que nos parecía interesante, a veces con cierta vergüenza. Cuando oscureció decidimos dejar la casa.

—Bueno, nos llevamos el diario de la mujer —dijo Sebastián.

—No, el diario es de la casa, no se puede sacar —me apuré.

—Las cosas sin dueño son del que se las encuentra. Yo no creo que el linyera las extrañe, si no se las hubiera llevado.

—Capaz que sí las extraña, pero no se las llevó porque le ocupan mucho lugar en el morral.

—Si está peleado con la vida quiere decir que no las extraña para nada —insistió Sebastián.

—Lleváte los soldaditos si querés —cedí.

—Están todos rotos esos soldados.

Ambos miramos a Gustavo buscando una opinión.

—Los objetos de un lugar deben permanecer allí —dictaminó—. Acordáte, Sebas, de lo que pasó con la momia de Tutankamón, que la sacaron de la cripta y después los arqueólogos contrajeron enfermedades mortales y otras maldiciones extrañas.

—¿Quiere decir que si nos llevamos los diarios la mujer que los escribió va a volver de la muerte para vengarse? —se burló Sebastián.

—No —lo cortó Gustavo—. Quiere decir que no nos vamos a animar a volver a entrar.

Y los tres queríamos volver, porque habíamos descubierto un refugio para las tardes calurosas y aburridas, y eso a nuestra edad era impagable.

Sebastián abandonó la idea de llevarse los diarios. Más tarde, cuando con el tiempo comenzamos a invitar amigos, amigos de amigos y pri-

“Me dieron pena, pero no dije nada. Si al final era verdad, los soldaditos estaban todos rotos, como si alguien se hubiese ensañado con ellos. No servían más que para hacer puntería contra la bombita de luz.”

mas de amigos, él sería el primer defensor de las cosas de la casa, interponiéndose ante cualquiera que quisiese llevarse algo.

Anochecía. Salimos a la calle mientras que de a poco se prendían los faroles del alumbrado público. Caminamos unas cuadras, despedimos a Gustavo que se metió en su casa y luego yo acompañé a Sebastián a la suya. Nos saludamos como amigos de toda la vida, como éhos que mañana se van a encontrar otra vez para salir a jugar. Antes de cerrar la puerta me miró compasivo y confesó:

—Yo sé por qué no querías que nos llevemos los cuadernos.

—Bueno —le dije—, pero no se lo digas a Gustavo.

—Está bien.

Caminé unas cuadras y al rato ya estaba en mi casa de nuevo. Prendí las luces, recogí los soldaditos rotos y por primera vez les pedí perdón por tantas guerras. Después agarré el collar de perlas que había dejado sobre la mesada de la cocina y me metí en la pieza de mamá para asegurarme que sus cuadernos quedaran bien guardados. Papá llegó a las diez. Cené con él unas empanadas que compró en una roticería cercana al trabajo. A la mañana siguiente no lo vi porque se fue muy temprano, pero me dejó unas tostadas en la mesa, un jarrito con leche y un saquito para hacerme un té. Después me fui a la escuela y entonces la casa quedó abandonada otra vez, pero sólo por unas horas, hasta que volvieron mis amigos. □



La isla de los muertos. Título original: *Die Toteninsel*, Arnold Böcklin (1883)

Réquiem

Por Gabriela Brandán

Enviste el silencio en el camposanto
un único ruido develado,
simula pasos.

El viento susurra otros aromas, otras tonalidades
de la tierra toda, el destino me posó firme
¿si me nombraran recordaría?
Todavía espero a aquel que surja
y me revele.
Un rumor... aún ausente.

Saboreo lo profano
su nombre sabe a tallos de flores hinchadas por
el agua.

La niebla acá es muy densa y pegajosa. El faro que ilumina el camino solo logra develar estas nubes de lo bajo, mi guía es quien lo lleva, un ser de piedra y paños grises que lo cubren todo. A lo lejos se ve la sombra de alguna montaña en la isla a la que me dirijo. Antes de embarcar me señalaron que de camino a la isla el tiempo solo es de madrugada. Mi embarcación es tan pequeña que entramos mi guía, una caja de madera bastante larga pero muy angosta y yo.

No deben hacerse preguntas, los seres que vi cuando desencarnaba no poseían voz. El agua a mi alrededor simula un frío intenso, pero cuando asomo mi mano, que ya no sé si es, siento una tibieza que me estremece. Sin embargo, no sé si es mi mano y su nueva condición que siente diferente o si realmente así es la tangibilidad del agua.

Estos dos días de madrugada fueron bastante monótonos y agotadores, el panorama gris azulado, estático, inmóvil y húmedo se me hicieron insoportables. Pero es extraño, no siento temor. Al acercarme a la isla la niebla se vuelve menos densa, aunque sigue ahí, expectante. □

LA CHURRERIA DE MARCOS PAZ

— PASTELERIA • BOLLERIA • CHOCOLATERIA —

Cafetería  Licuados
SERVICIO de Mate

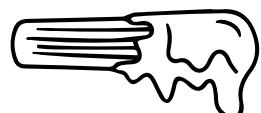


Otras
delicias
Donuts



¡Nueva sucursal!
Mariano Acosta!
visitános en Superí 679
(frente a la
cooperativa)

Churros!



Rellenos de Dulce de Leche | Crema Pastelera | Bañados en Chocolate

Churros de Chocolate | Porras madrileñas | Churros Valencianos

Churros Bombón | Churros Salados

Tostados - Berlinesas

Pastelitos

Waffles - Panqueques

Marcos Paz
ARGUE
5132





Por instinto

Por Celeste Silvero

Ilustrado por Diego Rojas

V

ir implicaba transitar caminos, muchas veces planeados y otros tantos por desvío, por un obstáculo que cambia el destino y hasta nos lleva al punto de inicio nuevamente.

La tarde del viernes se presentaba sofocantemente cálida para Sofía, quien llegó a su casa y al notar la falta de electricidad sintió cómo las gotas de sudor inundaban su cara y rebalsaban su paciencia. Instantáneamente preparó un bolso de mano con algo de ropa. Condujo al aeropuerto El Prat, en Barcelona y compró los boletos de un vuelo que salía esa noche a Austria, su destino eran las montañas de Inssbruck.

Un simple viaje, un escape nada inusual ya que solía hacerlos con frecuencia.

Sentada en el avión, descansando los párpados saboreó la calma, ese éxtasis que la alejaba de sus problemas. Abrió los ojos y notó que un hombre le sonreía. A pesar de no darle importancia, supo insólitamente que aquel cruce de miradas iba a darle algún sentido a este viaje, o a su vida, pero quería escapar de eso.

Manuel era un hombre imponente a simple vista, buen mozo, acostumbrado a que las mujeres se deslumbren con su sonrisa, por lo cual, la no correspondencia a sus encantos por parte de Sofía durante la escala en Viena lo colocó en jaque ante una posibilidad de acercamiento.

Sin embargo, no pensó en ningún momento darse por vencido cuando luego de haber arribado y estando ya en la estación de taxis, escuchó que Sofía indicó al chofer la dirección del hotel en donde él se hospedaría también, en la región de los Alpes.

Cruzando casualidades, en la excursión a las montañas nevadas observando a Sofía hondar sus pensamientos en la cordillera Nordkett, él se acercó y decidió sin más, comenzar una charla alagando el crudo pero hermoso frío, realizar una descripción exhaustiva del paisaje, de los pintorescos pueblos y la diversidad cultural en su esencia, así captó la atención de Sofía, amante del clima invernal y la naturaleza. Pronto fue que la puesta de ideas en común, los mismos gustos y la intención de él de escucharla con atención hicieron que ella se sintiera a gusto por lo que aceptó compartir el café de la tarde en la gran terraza exterior de un conocido restaurante cerca del teleférico. La tarde transcurrió conversando e in-

tercambiando sonrisas que se extendieron a la cena, acompañados por una vista nocturna única sobre la ciudad.

Manuel había logrado cautivar a Sofía luego de entender que no era cuestión de ofrecerle lujos sino compañía, que era mujer de palabras firmes y corazón sensible. Unas semanas bastaron para que una noche de copas y anécdotas de desamor, Sofía le confiara con certeza su corazón y sus labios. Un par más para incendiar pasiones en cada sitio al que concurrían juntos y en cada habitación que los abrigaba por las noches.

Sí, Sofía terminó por enamorarse de Manuel a pesar de haber intentado muchas veces hacerse la idea de una relación casual.

Su confesión se disponía con firmeza ese amanecer, pero al buscar a Manuel se encontró sola en su habitación.

Averiguó en cada salón del hotel sin obtener respuestas, nadie lo había visto.

No había ya tiempo de seguir buscando y era claro que Manuel había decidido cómo continuar con su vida.

A pesar del dolor que la atormentaba, debía regresar a Barcelona, tomó sus cosas y partió al aeropuerto. Llegó a destino y notó que estaba casi desierto por lo que no esperó mucho, pero al solicitar un boleto la señorita le informó que todos los vuelos a su destino estaban cancelados hasta nuevo aviso. Odiaba la idea de volver al hotel y la cafetería del lugar no se veía desagradable así que decidió mejor esperar.

“Sí, Sofía terminó por enamorarse de Manuel a pesar de haber intentado muchas veces hacerse la idea de una relación casual.”

El tiempo le pesaba en los hombros y ya no podía detener sus pensamientos con ninguna distracción. Las lágrimas brotaron de sus ojos, había sido parte de una miserable aventura y la rabia por haber creído en el amor hacía retumbar su cabeza junto con una migraña muy fuerte. Comenzó a sentir que llorar así afectaba por demás su angustia. Levantó la mirada y no podía observar con claridad, las pinturas de los cuadros en las paredes parecían esfumarse y volver, como si tuvieran vida propia. Intentó levantarse para ir al tocador, pero su cuerpo no respondía y todo en su cabeza daba vueltas. Ni siquiera se molestó en llamar a alguien al descubrir que emitir palabra le iba a ser imposible. El miedo la invadió cuando tuvo que llevarse las manos al pecho a causa de una punzada y cerró los ojos tan fuerte, deseando que su malestar fuera solo a causa de la tristeza a pesar que se quedó inmóvil por completo.

Pasó de pensar en Manuel a recordar momentos felices de su infancia junto a sus padres y hermanas, a crear en segundos una película de su vida que transcurría en cámara lenta.

Sintió que había pasado tiempo suficiente por lo

que probó mover sus manos que estaban temblorosas y ya no entumecidas. Lo mismo con sus pies, girándolos con cuidado en el lugar como pidiéndoles permiso. Así notó también que sus piernas le respondían y al igual que en el resto de su cuerpo solo sentía un profundo cansancio, pero aún tenía miedo de mirar. Inhaló profundamente llenando sus pulmones de aire y coraje a la vez que sintió a alguien cerrando una ventana con fuerza porque hacía frío. Creyó estar divagando cuando su boca percibió un sabor extraño, horrible a suero y medicamentos. Le echó la culpa al café tratando de disipar sus dudas pero ellas acrecentaron cuando sus oídos captaron una especie de informe del día y en una voz muy familiar un chiste malo de momento, como quien quiere romper la tensión y no se le ocurre mejor cosa. Pensó que tal vez era su mente poniendo en práctica mecanismos de defensa ante otro ataque de llanto, y le dio gracia saberse con los ojos cerrados haciendo muecas y movimientos extraños. Sonrió y finalmente abrió los ojos muy lentamente sin saber que era la primera vez que lo hacía en tres largos años. □



Rocamadour Libros
Librería online

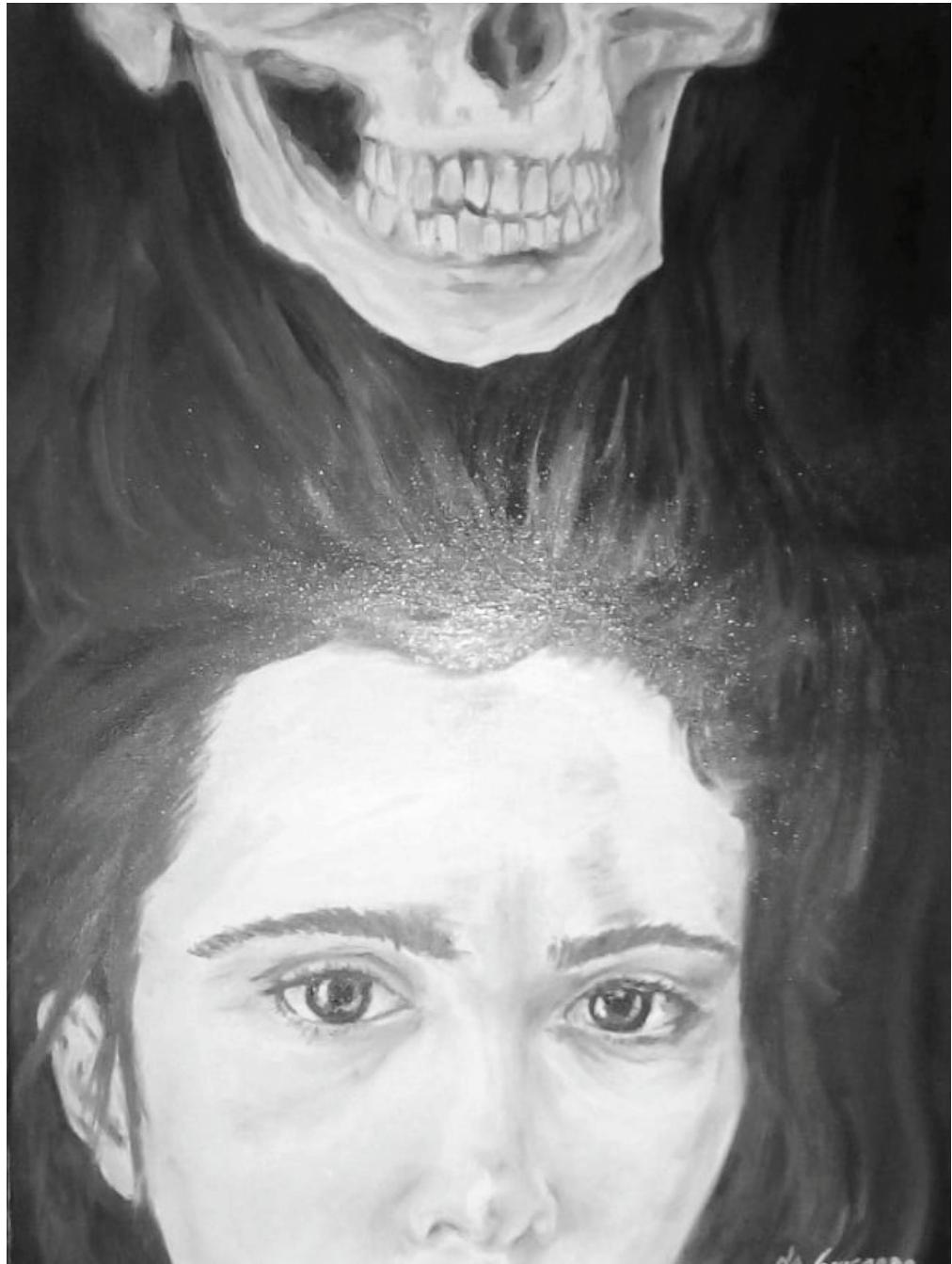
Textos escolares | Idiomas | Manuales
Novelas | Fantasía | Novedades | Usados

15%
descuento
para docentes
y escuelas
todo el año

Pedidos por mail a: alejandrotorres_lp@hotmail.com

WhatsApp: 11-2350-9958

Facebook e Instagram: Rocamadour Libros



Premonición, por Mauro de Giuseppe.

Una ganga

Primera parte

Por Mauro de Giuseppe

T

ranscurre el año 2280 y la humanidad vive sobre los cimientos de una paz y una estabilidad económica como nunca antes se había visto. En la floreciente ciudad de Buenos Aires, dentro de una pequeña sala por demás amueblada se producen las confesiones entre un padre y un hijo.

—¿Adiviná qué me compré?

—No sé, qué sé yo.

—Un alma.

—¿Un alma?, ¿pero cómo hiciste?

—Tenía algo ahorrado y pedí un préstamo al banco.

—¿Y para qué te compraste eso vos? Eso es ilegal, si te llegan a descubrir los Liberadores —se indignó como nunca ese joven con su padre—. Además, si hace años nos decías que ese invento de la inmortalidad era el origen de todas las tragedias ¿o te olvidás que nos repetías a cada rato esos informes y documentales que daban en las redes? —Ahora con voz burlona—: Sobra evidencia que el alma trajo innumerables problemas a la humanidad, desde la despiadada construcción de pirámides a incontables guerras por un pequeño puesto en el más allá. La tenencia del alma frena en cada milenio todo progreso de los hombres y mujeres de la tierra.

El padre como ignorando todo lo que su hijo le decía siguió contándole:

—Logré entrar en una promoción especial que otorga el banco a sus clientes, el préstamo me lo dieron a pagar a 30 años. El examen médico me salió óptimo, ¡es una ganga! Solo me descuentan el 30% de mi sueldo bruto.

—¿Y para qué querés un alma? ¿Por la inmortalidad?

—La inmortalidad, esa exageración del ego. No, no es por eso. Sabés que para nada me interesaría la inmortalidad. Una vida eterna es una angustia en la que ya nadie deposita sus esperanzas. La muerte inducida y voluntaria es el salto más digno y saludable que tuvo la humanidad. Ya sabés, mi cuerpo estuvo siempre programado para 200 años de vida, solo me quedan 40 años más y listo, ya basta. —El padre como confesando una vergüenza le susurra—: No sé, siempre me llamó la atención eso de los sueños. Términos interesantes pero ya extintos como las pesadillas, premoniciones, sueños de vida y de muerte, encuentros y desencuentros de todo tipo. Desde el 2090 hacia

atrás los hombres y mujeres soñaban todas las noches, mientras dormían vivían experiencias de lo más inauditas. Hasta se dice que podían experimentar sucesos extraordinarios. Todas las noches mientras descansaban su cuerpo los asaltaban esas visiones que maduraban en la vigilia. Los impactaban a veces de tal forma como si fuera un recuerdo vivido en la realidad, esto es algo fabuloso...

—¿Para qué me contás todo esto? Ya sé lo que es un sueño, ¿me tomás por un torpe que nunca se ha topado con un informe histórico?

—Y nunca te dio curiosidad?

—Para soñar es necesario tener un alma y vos estás idealizando mucho esta cuestión, si hablás de historia recordarás también todos los desastres en que se hundió la humanidad cuando vivía con estos sueños. Todas las tragedias griegas están atravesadas por los sueños y premoniciones de oráculos vetustos. Desde que los Liberadores decidieron por fin prohibir la tenencia y el uso de las almas se vio asombrosamente una mejoría en la sociedad, ¿qué más pruebas necesitás...?

—La extraño, ¿sabés? —lo interrumpió grave su padre, su hijo guardó de a poco sus palabras hasta quedar completamente en silencio—. La extraño a tu madre, quizás si tuviera un alma podría soñarla.

—Podés recordarla que es lo mismo, tenemos cientos de hologramas de ella.

—No es lo mismo, dicen que cuando uno soñaba podía hablar con los muertos, cómo decirlo... una

“Una vida eterna es una angustia en la que ya nadie deposita sus esperanzas. La muerte inducida y voluntaria es el salto más digno y saludable que tuvo la humanidad.”

conversación como la que estamos teniendo ahora.

—Ridículo, llegar a tu edad y con esas supersticiones románticas.

—¡Esa es otra cosa para señalar! Antes se decía que los jóvenes de tu edad (en esos años en que todos tenían un alma) eran soñadores y creían en lo imposible. Los mayores como yo eran los escépticos y ustedes los jóvenes nos cambiaban el mundo.

—Para volverse luego esos jóvenes con el tiempo en viejos escépticos y conservadores (el hijo exagerando ese tono irónico que mantuvo en toda la conversación) y la rueda siguiera girando, trayendo más violencia y sufrimiento ¿eso no te lo dijo tu curiosidad histórica? Ese es el motivo por el que los Liberadores decidieron privar al mundo de las almas. Antes, cuando el aire era para “todos”, el agua era para “todos”... esos “todos” no hacían más que contaminarlos, porque al no tener precio no tenían valor para esos hombres necios de la antigüedad. Lo mismo con el alma ¡y cuánta desgracia! Ya casi no había agua para tomar, el aire estaba contaminado casi por completo. La Tierra desvastada, los hombres corrompidos solo querían la salvación de sus almas de cualquier forma y a cualquier precio. Guerras, guerras y más guerras hasta casi extinguirnos ¿lo recordás? Vos me lo enseñaste.

—Pura mierda. —El padre con desprecio parecía escupir en vez de hablar.

—Recordás que me enseñaste que en ese entonces los hombres sabios se unieron y decidieron crear un gobierno mundial “Los Liberadores”. Disponían de los medios, la tecnología y la fuerza para privatizarlo todo: el aire, la tierra, el sol, el agua... al alma simplemente la lograron identificar, aislar y omitir desde el vientre materno.

—Pura mierda que a mí también me enseñaron de muy chico.

—Entonces la Tierra se fue recuperando, NI guerras ni otro tipo de violencia en masa surgió otra vez, la humanidad logró salvarse gracias a los Liberadores.

—Ya la he comprado por uno de mis contactos en el mercado negro, mañana, muy temprano por la mañana me la colocan —dijo el padre con el tono de voz ya molesto del que se esperaba otro tipo de conversación y ya quiere terminantemente finalizarla—. No tengo por qué consultarte por

mis decisiones, tan solo te las estoy contando porque sos mi hijo.

—Ya lo sé, pero igual es imposible, aunque fuese como decis es imposible.

—¿Qué cosa?

—Es imposible que la veas a mamá otra vez, aunque sea en un sueño. Ella decidió morir hace veinte años y como todos no tenía un alma. Es imposible que puedas verla en un sueño pues es necesario que ella...

—Tu madre, hijo, tu madre contaba con un alma desde que la conocí. El gobierno nunca pudo detectarla por alguna razón que ambos desconocíamos. Por eso su mirada triste por las tardes, por eso su curioso andar, por eso quizás decidió matarse por su propia cuenta tanto tiempo antes de la programación del gobierno. Eso nunca había ocurrido en la humanidad desde que se implementó la muerte programada, el suicidio es algo muy absurdo para ellos y no encontraron explicación, tu mamá les resultó en sus informes como una extraña excepción, una mancha imborrable, un accidente.

El hijo que hasta entonces mostraba aires de superioridad quedó notablemente impresionado por la noticia, aunque no dijo ya más nada. Solo atinó a ponerse de pie y caminar por la sala con sus manos en los bolsillos. Ambos se miraron amargamente por unos segundos y luego el hijo se decidió a decir entre titubeos.

—Ayer soñé con mamá.

II

El padre se despertó sobresaltado ante lo que fue su primer sueño. Ese mismo día por la mañana le habían implementado clandestinamente su alma y esperó este momento.

Su mujer torpe en cómo reaccionar al primer despertar de su marido solo atinó en ir por un vaso de agua. Cuando vuelve de la cocina el hombre le dice sumido en una profunda tristeza que nunca ella le había adivinado.

—Soñé con nuestro hijo, era tan real... Parecía que estaba vivo. □

CONTINUARÁ...

H₂O

Por M. M. Álvarez

Mi padre ocultó un hacha bajo tierra. No hubo queja ni crítica de mi parte. Sabía que al menos la acción que se prometía hacer constataba su valor como individuo. *Quien necesite ser guiado por un pastor; solo puede tener la inteligencia de una oveja.* Nos citaba en relación a lo que pasaba alrededor nuestro. *Y yo no soy ninguna oveja.* Por eso escondió el hacha. Porque era su fiero carácter hecho objeto.

Con el corazón en la mano mi hermano volvió a la casa. Estaba agitado y empapado. Se sirvió un poco de aquella imitación de agua, que también se excretaba por un tubo metálico, vecino al del pastoso alimento. Inhaló y exhaló una gran cantidad de oxígeno antes de pronunciar todas las palabras. Me tomó del brazo y contó lo sucedido. Mi padre había logrado quebrantar y tajar el espesor de uno de los conductos, pero la angustia lo derribó casi al instante en cuanto asimiló que estaba vacío. No corría ni una mísera gota por aquel colosal caño. Después y sin prestarle atención a las advertencias de mi hermano, que aseguraba sentir una presencia cercana a ellos, caminó unos cuantos pasos más hasta quedar en frente de otro. De este se percibía un murmullo, como si una buena cantidad de líquido –agua dulce y limpia– estuviera luchando fervorosamente por eyacular. Apretó el mango y levantó el filo, convencido de lo que iba a hacer. El golpe debía ser rápido y seco, como el anterior. O si fuese posible, más rápido y más seco, ya que mi hermano continuaba exclamándole que la idea de que se oyeron ruidos no era del todo errada. Los Oculares pocas veces utilizaban las horas nocturnas para sus tareas de reconocimiento, puesto que la

nave nodriza los reclamaba a su vientre por medio de una atronadora bocina; aunque eso, y teniendo en cuenta sus infinitas facultades, tampoco significaba que fuesen incapaces de hacerlo. Cuando mi padre destrozó con el hacha una porción del largo y gigantesco caño, el agua se disparó con un pitido y resquebrajó el material. Y ocurrió lo que temían. Junto a ello la destacada aparición de un bollo tuberoso e inflamado, levitando mediante su complejo equipo portátil anti-gravedad. Mi hermano cayó estrepitosamente, observando cómo el terrorífico ojo alcanzaba con sus inmundos cables el delicado cuerpo de mi progenitor. A su vez la presión del agua evacuaba violentamente como un manantial y se esparcía en todas direcciones, raspando el árido y fragmentado suelo. Allí, me contó, fue cuando reparó en la sutil señal en el rostro del viejo. Le hizo pensar que una antiquísima satisfacción se manifestaba paulatinamente en sus rasgos, mientras se relamía las lágrimas de agua que caían desde el ópalo desmañañado de su cabeza. Las saboreaba con placer absoluto. Entonces descubrieron que a pesar de la inminente fatalidad, aquella misión ya estaba cumplida. Habían llegado a probar el tan codiciado y benevolente líquido, y de seguro pagarían con su vida. No obstante, nuestro padre era ahora un héroe. Uno que movilizado por su negativa al feroz adoctrinamiento que impartían los visitantes, se levantó en armas. Uno que en el crepúsculo de su existencia demostró que un ser humano no perdía su condición de tal a menos que él mismo lo decidiera. El Ocular lo desmembró y no dejó rastro de lo que alguna vez fue su cuerpo. Al poco tiempo de relatarme lo sucedido, mi hermano, quien había escapado y me sujetaba del brazo valiéndose de sus últimas fuerzas, murió con la ropa húmeda por el agua. □

Buenos vecinos

Por Paula Aros

Desde la llegada a esa casa comenzó a tener un sentimiento extraño. Más bien una premonición como si pudiera percibir lo que ocurriría más adelante. Y no estaba errada. Luego de la mudanza y una vez establecido el orden se comenzó con la rutina habitual que se crea cuando uno se asienta en un lugar definitivo. Y con definitivo me refiero a para siempre. Luego de mucho esfuerzo habían logrado finalmente tener la casa propia donde criarán a sus hijos (si tenían suerte con los de servicio social) y vivirán el resto de sus vidas viendo crecer a sus nietos.

Ella había decidido adelantar sus vacaciones para tener tiempo en casa y terminar de acomodar lo que fuera necesario, de paso podría terminar la última parte de su libro que había dejado de lado por el tema de la mudanza. En sus noches libres quedaba sola en compañía únicamente de sus libros y el gato, que poco interés mostraba por hacer compañía siquiera. Era una casa tan enorme que a veces imaginaba que no podría salir de ella si se lo propusiera, el cual no era el caso pues ella disfrutaba de la soledad y el silencio que penetraba todo.

Ya se acercaba la fecha en la que debía presentarle el manuscrito a su editor y aún seguía estancada en la misma parte. La parte del asesinato. Pero se le hacía imposible escribir, en cuanto se sentaba frente a la computadora un miedo inigualable la invadía y no podía concentrarse en escribir una sola palabra. Tenía que alejarse e ir a la habitación y esperar ahí hasta que volviera Octavio para poder dormir tranquila.

Pronto ya no solo sería el miedo lo que la mantendría alerta. Comenzarían los ruidos. Ruidos de todo tipo como si alguien quisiera entrar por la puerta del fondo. Pero se acercaba a mirar y no había nada y súbitamente el estruendo que la dejaba tirada en el piso y con los oídos

zumbando. Octavio llegaba cada vez más tarde de las guardias y se iba tan temprano que no quería despertarlo para hablarle de esas pavadas, el resto del día lo dejaba dormir. Pobre Octavio, estaba tan cansado que si realmente alguien llegaba a entrar a la casa ni siquiera lo notaría. Ese es el precio de la casa propia.

Al día siguiente le diría a Octavio que hace varias noches no veía a Tifus y que seguro se perdió al no conocer el barrio. Tifus, ese gordo malhumorado, lo había acariciado por última vez cuando fue hasta el lavadero para ver si la puerta estaba bien cerrada. Ya volvería, siempre que se perdía volvía, más flaco y más malhumorado, pero volvía, solo era cuestión de esperar. Dormía tan poco que cuando lo hacía, lo hacía por tantas horas que le parecían días o meses.

Cuando despertó, Octavio ya se había ido y la noche venido encima. Debía obligarse a escribir y terminar de una buena vez ese libro. Se tiró un rato en el sillón del comedor a leer a ver si así venía algo de inspiración, o algo, pero nada. No podía concentrarse. Continuamente dirigía su

“Ya se acercaba la fecha en la que debía presentarle el manuscrito a su editor y aún seguía estancada en la misma parte. La parte del asesinato.”

mirada al pasillo que daba al lavadero y al fondo. Como esperando a que algo pase o entre. Y ahí lo oyó otra vez, ese ruido, como si alguien quisiera entrar. Se levantó de un salto del sillón y se dirigió hasta ahí, para su sorpresa no era nada más y nada menos que Tifus quien después de todo había logrado encontrar el camino a casa.

—¡Volviste, gordo! Ya extrañaba tu cara de culo.

Se agachó hasta él para acariciarlo y mientras lo agarraba de los cachetes para samarrearlo un poco notó que no podía ver su rostro reflejado en los ojos de Tifus. Era de noche, ¿qué pretendía? Y acto seguido solo pudo oír ese pitido que se siente después de un estruendo. Tuvo que arrodillarse para poder soportarlo. Cuando quiso levantarse no podía. Tifus la rodeaba, se le subía encima como queriendo ayudar, pero nada. Pasó un buen rato hasta que logró hacerlo y se dirigió directamente a la cama. Cuando viniera Octavio tendría que contarle. Esta vez sí se lo diría. Octavio llegó muy tarde esa noche y sin decir nada se metió a la cama y la abrazó. Ella le había dejado su lugar y

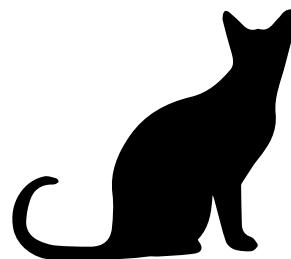
calentado la cama.

—Te amo —le dijo (y recordó que hace mucho no se lo decía).

Octavio, agobiado por el cansancio le respondió:

—¿Cómo pueden amar los muertos?

Ya habían planeado todo. Esa noche, una vez se haya ido el doctor, los dos entrarían por la parte de atrás de la casa y la violarían hasta el hartazgo, incluso matarían al gato, así el doctorcito aprendería que los hombres se casan con mujeres y no con tipos vestidos como tal. Alguien debía enseñarles algo de moral y buenas costumbres. Esas cosas traen mala reputación al barrio. □



UNICO!
MOVIES - MUSIC - GAMES

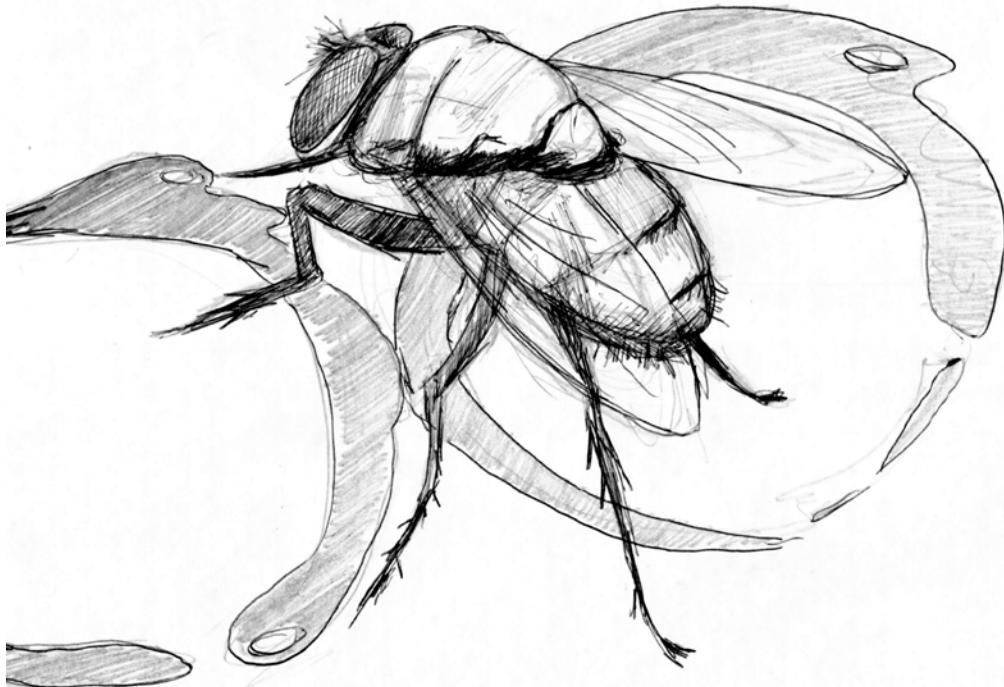
Belgrano 2107

 **011-3920-0424**

Quietud

Ilustrado por Mauro de Giuseppe

Por Sergio Ortiz



La mano sujetaba vaso y botella. Se aferran, los cristales, a los dedos delicados y dejan en la mesa dos círculos de agua unidos apenas por un débil filamento líquido.

La mano femenina busca algo: *orden*. El olor a encierro la violenta, se limita a una limpieza nerviosa y torpe. Aquello es en favor del padre recientemente viudo, y sin embargo la oscuridad es demasiada... el olor en el aire.

En la habitación contigua está el padre, mira un árbol por la ventana. Ella observa lo que la puerta entornada le permite; no hablan, ¿para qué? El tema sería recurrente: *muerte presente*.

“Qué olor insoportable”, piensa; ella, él no, ya no siente. La mano delicada lucha, no quiere ceder al abandono. Se arrima a la ropa sucia y de allí sale una mosca verde, brillante.

“Suficiente”, dice para sí.

La puerta de entrada se cierra imperceptiblemente, ahora la casa quedó desierta de vida.

La mosca, que ha sido interrumpida, se posa sobre la mesa de madera. Ve dos círculos y aprende: *sed*.

La trompa succiona un instante, luego vuela y busca donde ha incubado. Franquea la puerta entornada e ingresa a la habitación. Choca una vez, dos veces contra la ventana que da al patio. Gira una vez, dos veces sobre la cabeza del hombre; revisa los límites de su hogar. Se detiene en el brazo inmóvil. De allí camina, asciende y llega a la cara blanca y fría.

Ingresa finalmente por uno de los orificios de la nariz. Ahora forma parte del cuerpo, de modo que la casa ha quedado quieta.

La cortina, rojo intenso, filtra el día, el de afuera, y se torna rosa, ella y aquello que alcanza la luz. Una mano la descorre y hacia el interior se propaga una línea amarilla que divide el cuarto. Los ojos acechan como fieras, buscan comprobar sospechas.

Llave y perilla giran hacia un mismo lado. La mano femenina se detiene... no hay oposición, alguien está adentro. Ingresa mano y cuerpo. Se chocan con el aire viciado y la melodía apenas audible de un tango. "Está acá, ya llegó".

¿El camión? En la esquina. Quería sorprenderte. ¿Sorprenderme?

Los ojos buscan algo que delate. La mujer entiende y se anticipa a la pregunta absurda:

Estaba con papá.

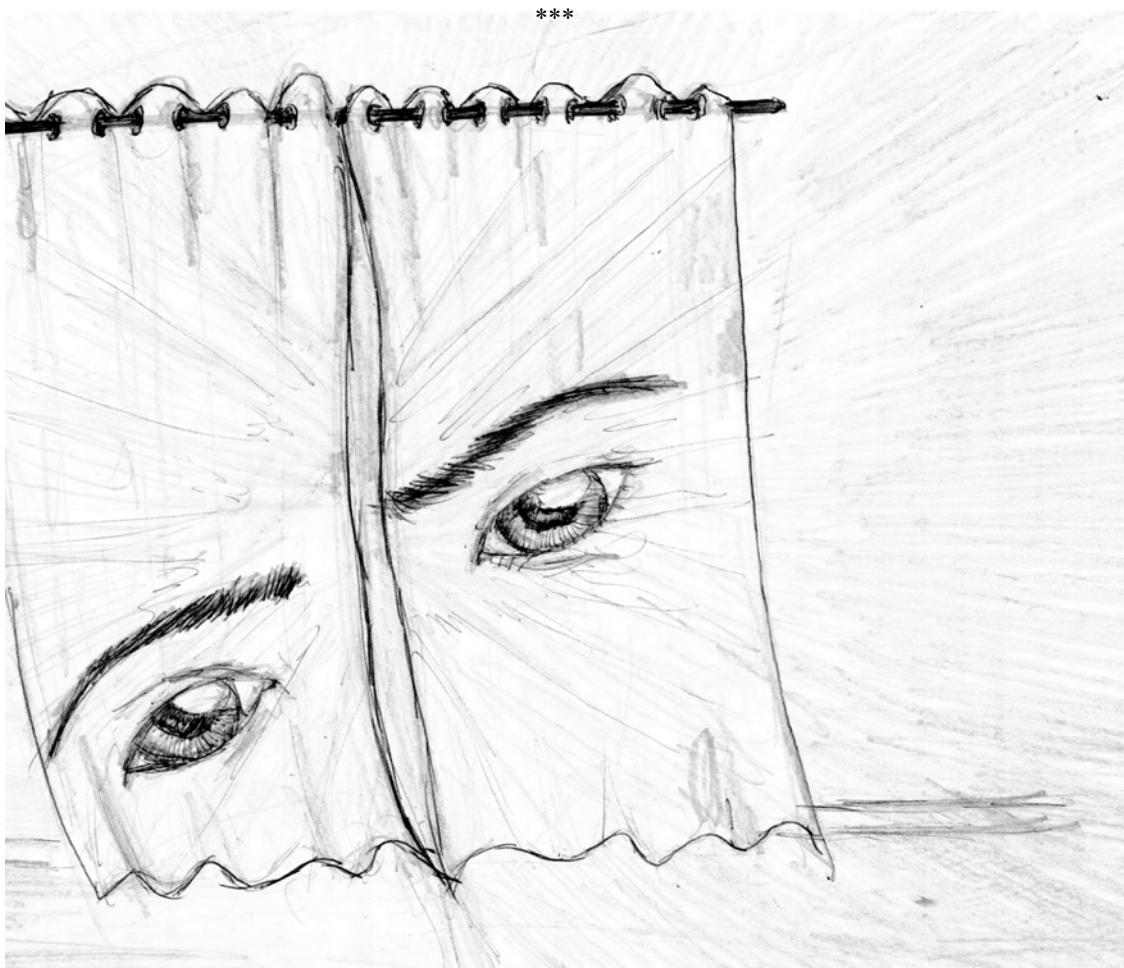
Ante la confesión la mirada aguilucha muta a cansada. También cambia la naturaleza del reclamo: *Tengo hambre, ¿qué hay?*

La mano delicada se turba, se violenta, y en un movimiento nervioso descubre una bolsa que está sobre la mesa. En ella hay papas, zapallo y acelga:

Puchero...

¿Con este calor? Ni para eso... Carajo.

Ya no se escucha voz en el tango, ahora es instrumental. El sol declina y la tajada amarilla que invade el cuarto se mueve hasta desaparecer.



Comienza a menguar el llanto en la casa, que hoy es casa velatorio. Revive desde adentro y se apaga. Hay un paréntesis de risa y anécdota.

Dos mujeres gritan, se desgarran por dentro. Uno es genuino, el otro no.

La hija atiende, sirve café. Dicen *sí* por ser ella. Piensa que antes fue su madre, ahora su padre: es huérfana; ella y su hermana. La busca con la mirada: es la dueña del llanto, del falso. La mano abandona la bandeja en otra mano, joven e insegura. Lo ignora... ha quedado en su mente la imagen de la hermana. “Las moscas atraídas por el cadáver”, piensa. Tendrá que compartir, vender la casa. Entonces la idea de mosca vuelve, pero ahora en ruido constante, en malestar.

Donde era habitación del viejo ahora está el cajón. Su otra hija no ha soltado la mano fría en toda la noche. Exige al recuerdo para mantener al llanto, solo logra una respiración cortada y torpe.

La nieta apoya el revés de la mano en la frente pálida. Piensa que debió visitarlo más, o no, él era malo, le pegaba a la abuela. Sin embargo el perdón... De su madre la separa el cajón. Siente vergüenza ajena por el llanto simulado, sabe la razón: *defiende su parte*.



Se asquea de sujetar la mano y devuelve la mirada a la hija. Primero a sus ojos, luego a su vientre invadido. Entonces comprende y sonríe: “Es ella”, piensa, “Es ella la respuesta”. Con su hijo, cuando nazca, y soltera podrá ocupar la casa. Mira sus ojos, luego su vientre... Así repetidas veces. La joven entiende y se asquea.

En la memoria quedó la textura áspera de la frente. Ahora camina hacia la cocina en busca de café. Llega hasta el marco de la puerta y el murmullo generalizado se extingue. Todos observan su vientre invadido.

Olvida el café, busca aire. Se sienta en la vereda y contempla la declinación de la noche. “¿Será posible que decline la noche?”, se pregunta. “Hace unos meses a esta hora...”, recuerda su última salida, su último baile. Recuerda vagamente al padre, no al suyo, al de la criatura.

A medida que aclara *que declina la noche* divisa un cuerpo apoyado en la pared: *su tía*. Se acerca a su sobrina y mira el vientre, no como los demás, lo hace con ternura y esperanza. Pasa el dorso de la mano suavemente y pregunta: “¿Nena?”. La joven levanta los hombros. “Claro, es temprano aún”. A lo lejos el sol emerge: “Mirá, el primer crepúsculo”. Ella dice sí a su tía y hace una asociación: en la casa está la muerte, el último crepúsculo; acá, la vida venidera, el primero.

Comienza a menguar el llanto en la casa. Joaquín lo usa para recibir atención de su madre. Ahora da un grito compungido. Ella se acerca *ha caido*.

Joaquín ha heredado casa y nombre de su abuelo. Constantemente recibe la visita de su tía abuela. Ahora toman café en la cocina ella y sobrina, mientras él observa detenidamente la cuna que lo restringe. Da gritos cortos, ha cesado el llanto.

Las piernitas cortas se mueven eléctricamente, sin control. Todavía no camina ni habla, sin embargo manipula. Saca un alarido desesperado al que la madre responde.

No lo levantes, lo mal acostumbrás Pero si no lo hago llora Que aguante

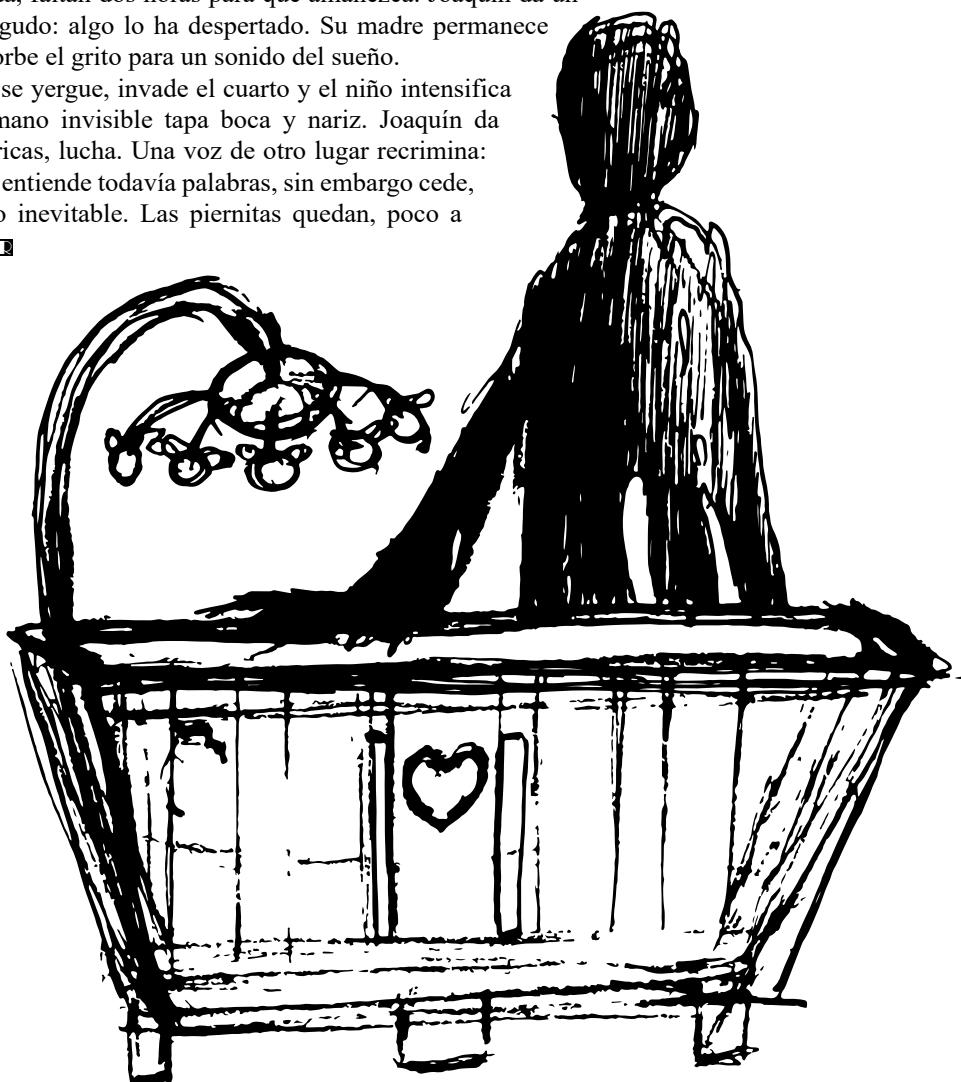
Su tía ha sido y es madre, sabe más que ella. El niño juega y sonríe con un conejo de peluche. Todo se mantiene así por un momento, el silencio envuelve la casa.

Hay una habitación entre la cocina y donde está Joaquín. Allí dormía el viejo, y también allí lo velaron. Por eso ha quedado recluida. La madre del niño no cree, la invitada sí: *Él todavía está*.

Su tía se va y quedan solos en la casa. Aunque con una sospecha... una presencia que antes no sentía, ahora sí. "Ha pasado casi un año de la muerte", piensa, y con esa idea se duerme.

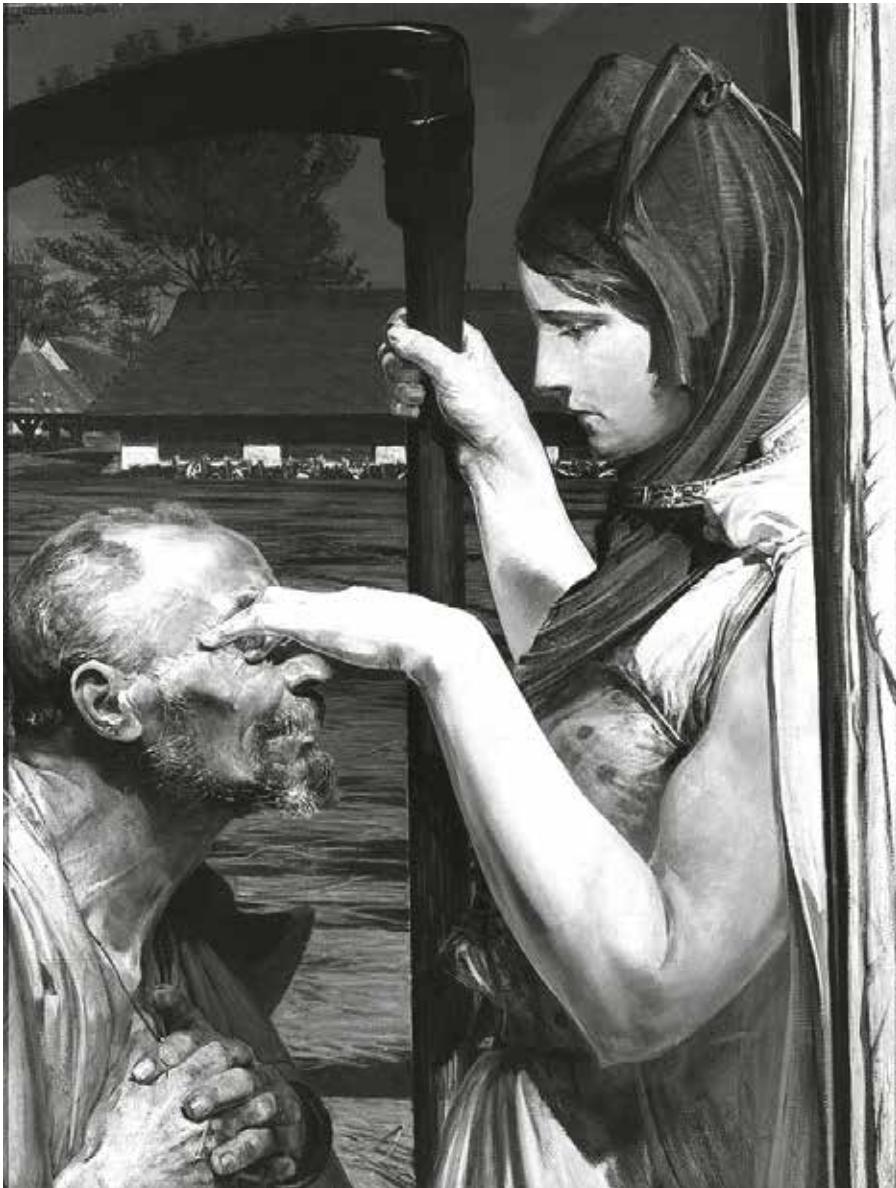
Es madrugada, faltan dos horas para que amanezca. Joaquín da un grito corto y agudo: algo lo ha despertado. Su madre permanece dormida y absorbe el grito para un sonido del sueño.

Una sombra se yergue, invade el cuarto y el niño intensifica el llanto. La mano invisible tapa boca y nariz. Joaquín da pataditas eléctricas, lucha. Una voz de otro lugar recrimina: *Intrusos*. Él no entiende todavía palabras, sin embargo cede, se entrega a lo inevitable. Las piernitas quedan, poco a poco, quietas. □



“El ángel de la muerte”

por Jacek Malczewski, 1902



La mujer porta una guadaña, parece ser la muerte personificada. El viejo parece sostener un camafeo. La muerte le cubre los ojos al hombre. ¿El hombre le pide por ver a un ser querido ya muerto? ¿o por no ver a un ser querido morir? ¿Quizás el hombre es ciego y pide a la muerte ver antes de irse o tal vez la muerte está viendo algo a través de sus ojos?
¿Qué les dice a ustedes? □



JOKER Y LA CONSTRUCCIÓN DE LOS VILLANOS

Por Pablo Rodríguez Ortiz

Convertir al humano en un ser antisocial es un proceso que implica arrastrar a una persona hacia el abismo, implica destruir sus lazos afectivos con el resto de los humanos, implica deformar su integridad y su concepción de las normas sociales impuestas por los gobernantes de cada etapa de la historia. En un mundo compuesto por desigualdad donde la brecha entre ricos y pobres aumenta cada día más, las dificultades para mantener las necesidades básicas satisfechas se endurecen y son los más vulnerables los que viven en la injusticia de jamás alcanzar las aspiraciones de los ricos y los gobernantes. La marginalidad se vuelve sistema porque la meritocracia de los poderosos impide el crecimiento de los de abajo. Y es la mano de obra barata la que enaltece al rico y lo mantiene en su cúspide. Esta sociedad puede ser Gotham o puede ser New York o puede ser Buenos Aires. Donde un millonario se postula a intendente para dejar sin medicamentos a los pacientes con trastornos psicológicos porque le genera pérdida al Estado y entonces un pibe deja

de recibir sus pastillas y crece en la villa con un padre preso y una madre que lo golpea y lo manda a laburar porque lo echaron de 3 colegios por cagar a trompadas a otros pibes que se burlaban de él por tener un tic nervioso.

Un pibe que tampoco encuentra trabajo por culpa de la crisis económica y entonces la calle lo lleva a delinquir, porque sus amigos más grandes lo hacen y lo alientan y son quienes forman identidad en un chico que aún no se conoce a sí mismo. Y como tienen un arreglo con el comisario de un barrio del conurbano que les manda a hacer labores de vez en cuando y cada uno se lleva su parte, salen a robar autos y un día el pibe se da un saque de merca antes de robar para juntar adrenalina. “Así no me dan ataques de pánico”, dirá él, pero puede que no sea tan cierto y en un momento de nervios asesina de un balazo a un pobre chabón que llegaba de laburar y estaba por meter el auto en su casa. Los medios de comunicación lo vapulean, las redes sociales acumulan penas de muerte como solución. Los amigos le dicen que no se preocupe, que si cae en cana tener un par de muertos le da más chapa. Y siguen saliendo a robar hasta que lo enganche la policía o hasta caer víctima de gatillo fácil.

Esta no es la trama de *Joker*, la última película de Todd Phillip basada en el clásico enemigo de Batman, pero podría serlo.

El nacimiento de un villano que tiene problemas mentales y le es más fácil conseguir un arma que su medicación, que recibe un maltrato constante de todos a su alrededor, que llega al mundo siendo inocente pero la sociedad lo corrompe, el sistema lo corrompe y cuando intenta ser parte y acoplarse a los demás se burlan de él, lo ridiculizan, lo usan como divertimento y su única forma de ser visto, de ser observado, de ser respetado, de sentirse integrado y parte de algo es ser un asesino. Algo así nos cuenta la película *Joker*, aunque según las entrevistas que dio su director no es tan central el costado político de la película y él hace más hincapié en el lado humanista del personaje, del caos mental y los traumas infantiles. Algo que Joaquín Phoenix plasma magistralmente con su actuación de Arthur Fleck, un trabajador de una agencia de payasos que sufre una enfermedad mental y una espiral de malos acontecimientos lo marcan para siempre.

El gran acierto del film es envolver al espectador

en un ritmo asfixiante, incómodo y angustiante reforzado por la fotografía de sus escenas como también el color que a medida que crece la locura del personaje van de azules pálidos y fríos a amarillos y rojos brillantes y vivos.

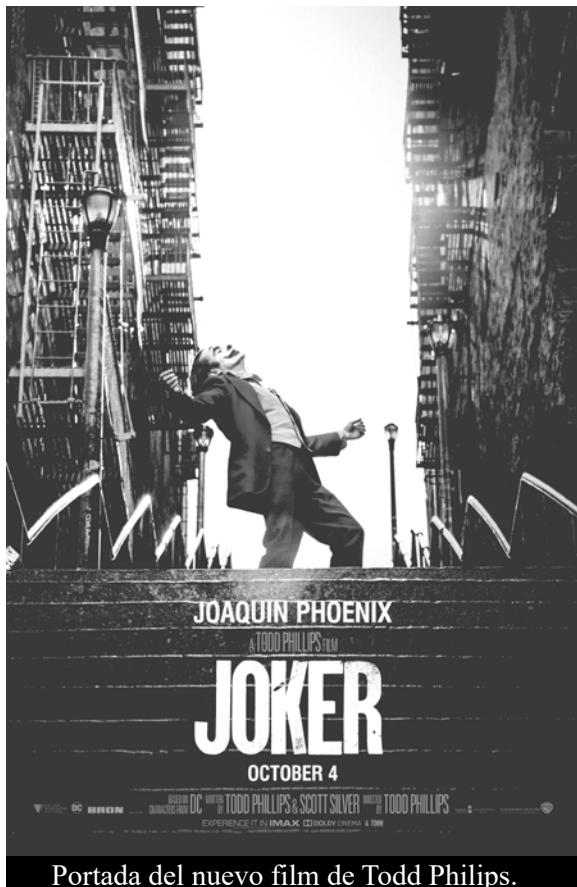
Equivocadamente una de las críticas que recibió la película *Joker* incluso antes de estrenarse era la de ser una reivindicación del villano y que en la cultura estadounidense pueda ser tomada de punto para generar incidentes o asesinatos como ha sucedido antes, pero Todd Phillips justamente lo que hace es convertir a quienes piensan de esa forma en los villanos, son los consumidores de violencia los que retroalimentan el círculo violento. La verdadera crítica posible que se puede hacer de *Joker* es la poca sutileza que maneja. Más allá de tener imágenes impactantes a cada minuto, hay una sobre explicación de los hechos para que el espectador no pueda darle un sentido distinto a lo que se muestra además de remarcarnos cuáles son los momentos

de ensoñación y fantasía de Arthur para que no queden dudas entre la realidad y la imaginación, en vez de dejar a criterio de cada uno, entenderlo. Puede no ser intencional y que se trate del estilo del guionista y director, pero también es probable que pese el hecho de ser un estreno comercial con el apoyo del marketing de Warner Bros. y estar vinculado al fenómeno *pop* de los superhéroes lo que da una llegada a una mayor audiencia no tan experimentada y acostumbrada a recibir historias más masticadas.

Todd Phillips antes de ser conocido por películas como *¿Qué paso ayer?* o *Viaje censurado* dirigió el documental *Hated : GG Allin And The Murder Junkies* donde sigue a la banda de GG Allin, quien era un cantante de *punk rock* que llevaba al extremo sus presentaciones en vivo cantando desnudo, defecando sobre el escenario, arrojando sus heces al público, golpeándolos o autoflagelándose. Preso en varias ocasiones y hasta haciendo una aparición en el programa *The Jerry Springer Show*, le da a este varias similitudes con el personaje Joker en cuanto a su marginalidad e incluso sus pensamientos narcisistas cercanos a la ideología del anarquismo individualista. GG Allin muere en 1993, tres días después de estrenado el documental, por sobredosis. Podría ser visto como una versión terrenal del villano de los *comics*.

Son épocas en las que la maldad está siendo reinventada, los villanos ya no son planos como Darth Vader o representan el mal absoluto como Hannibal, los monstruos clásicos quedaron atrás y los asesinos en serie o con poderes sobrenaturales tienen sus *remakes* para reinventar sus historias o profundizar en sus personalidades. No es necesario que el villano infunda miedo todo el tiempo ni se buscan justificaciones simples o fáciles para armar el camino del antihéroe. Thanos o Kylo Ren son ejemplos del némesis con contradicciones, de los que hacen el mal creyendo que hacen bien.

Joker deconstruye al villano, lo humaniza y en ese ímpetu se aglomera a una nueva visión de mostrar el mal y el bien ya no como cualidades individuales totalmente separadas sino como partes mezcladas de nuestra interioridad. Nos llega la hora de reconocer la oscuridad dentro de nosotros mismos y dar paso a la **postmaldad**. □



Portada del nuevo film de Todd Philips.



Fem. Menina

Nails

Promo Verano



UÑAS EN GEL



ESMALTADO SEMIPERMANENTE



PROMO X2 PERSONAS

Antes \$700
Ahora \$600

Antes \$400
Ahora \$350

\$300
(cada una)



mercado
pago



Aceptamos todas las tarjetas

II-3344-2831 (Turnos)



/fem.menina.nails

entre TINTAS

DISEÑO & COMUNICACIÓN

BAJADAS
IMPRESIONES
LASER
COLOR & B/N

VINILOS
decorativos

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

TAZAS, JARROS, MATES
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

ESTAMPADOS
SERIGRAFÍA - SUBLIMACIÓN - VINILO TERMOTRANSFERIBLE

FOLLETOS | TALONARIOS
BOLSAS | SOBRES | IMANES

GRAN FORMATO
LONA FRONT | MESH | VINILO IMPRESO | BANNERS
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

PLOTEOS CAD
{ 1 METRO DE
ANCHO }

diseño de
VIDRIERAS
CARTELERÍA
MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIO E INTERIOR
VARIADA EN MATERIALES - INCLUYE COLOCACIÓN

SAN MARTIN 77 | MARCOS PAZ

www.entretintas.com.ar

entretintasd@ gmail.com



011 38898869
02227 467530